

CARTAS A JÓVENES



CARTAS A JÓVENES



José Martí

Introducción y selección de Salvador Arias



La Habana, 2017

Edición: Silvia Aguila Fonseca

Diseño interior, cubierta y composición: Amaya Vergara Cantillo

Cuarta edición: Centro de Estudios Martianos, 2016

Primera reimpresión:

© Centro de Estudios Martianos, 2017

ISBN: 978-959-271-248-5

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada 807, esquina a 4,

El Vedado, CP 10 400,

La Habana, Cuba

Telf.: (53) 7 836 4966 al 69

Fax: (53) 7 833 3721

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

www.josemarti.cu

*¡Cuán hermosa generación
la de los jóvenes activos!*

JOSÉ MARTÍ

Introducción

Para Martí, como hombre que vislumbrara en forma tan palpable y urgente el futuro, la juventud era la clave de ese mañana, y por ello debía ser objeto de todo el cuidado y amor. En el ejercicio de esa misma tarea se encontraba la mayor gratificación, pues “se nace siempre bueno; el mal se hace después” (OC, 6, 446), y en los jóvenes el afecto es más natural y profundo: “La juventud es la edad del crecimiento y del desarrollo, de la actividad, y la viveza, de la imaginación y el ímpetu” (OC, 18, 390). Ganarse, por tanto, la confianza y el cariño de un joven constituía para él una tarea que ennoblece y alegra. De ello tenemos hermosas pruebas en el grupo de cartas, dirigidas a jóvenes, que componen la presente compilación.

Escritas en distintos momentos y enviadas a destinatarios varios por Martí, ahora se reúnen por primera vez en un volumen dedicado solo a ellas, como muestras de su grandeza humana y de su flexible maestría literaria. Ya fuese a su hermana Amelia, no tan alejada entonces en edad de la suya, o a los hijos de Máximo Gómez o Carmen Miyares —que fueron privilegiados en esa atención, ya vista con el distanciamiento de varios años— o en algún otro caso, lo primero que resalta en estas cartas es la respetuosa dignidad del acercamiento, que encuentra el tono adecuado pero nunca limita la profundidad del mensaje o la expresión del cariño “¡nada debiera hacerse, ni en procesión ni en chanza, que haga que un niño se arrastre por tierra!”, (OC, 10, 86).

Martí expresó más de una vez sus criterios sobre esta etapa del desarrollo humano. En una ocasión afirmó que “La juventud es feliz porque es ciega: esta ceguedad es su grandeza: esta inexperiencia es su sublime confianza.

¡Cuán hermosa generación la de los jóvenes activos!” (OC, 6, 339). Dado lo anterior, para él resultaba de suma importancia cultivar desde la niñez “los sentimientos de independencia y dignidad”, sin violentar “las fuerzas nobles en el ánimo de los niños” (OC, 6, 202), pues “la educación del temor y la obediencia estorbará en los hijos la educación del cariño y el deber” (OC, 6, 201), lo que lo llevaba al ideal de educar “a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan; y oír sin ira y sin mala sospecha lo que piensan otros” (OC, 8, 442). Pero convencido de que “la única ley de la autoridad es el amor” (OC, 5, 84) y “enseñar es lo más bello y hermoso del mundo” (OC, 22, 123), se acerca a cada destinatario obviando empaques y autoritarismos, sin olvidar esas pequeñas cosas que pueblan el mundo de los que comienzan a ser adultos.

Cabría preguntarse los límites que Martí ponía a esa etapa formativa, rebelde y hermosa, que suele llamarse “juventud”. Coincidiendo con el poeta Southey, estimaba “que los primeros veinte años de la vida son los que tienen más poder en el carácter de los hombres”, aunque también reconocía que era “notable la diferencia de edades en que llegan los hombres a la fuerza de sus talentos”. En su artículo “Músicos, poetas y pintores” (OC, 18, 57-61), en *La Edad de Oro*, de donde son las citas anteriores, estimaba que “las dotes especiales que hacen más tarde ilustres a los hombres se revelan casi siempre entre los diecisiete y veintitrés”. Pero extendiendo más el concepto, por la misma época consignaba en una “Escena norteamericana”, al hablar del recién creado estado de Dakota: “La juventud ha de ir a lo que nace, a crear, a levantar, a los pueblos vírgenes, y no estarse pegada a las faldas de la ciudad como niños que no quieren dejarle a la madre el seno.// A los cuarenta años se empezará a reposar. Reposar antes, es un robo” (OC, 12, 263).

Sin embargo, en esta compilación hemos ceñido los jóvenes a quienes dirige sus cartas hasta los límites de la salida de la adolescencia, es decir, los comienzos de los veinte años, pues en estos casos es cuando Martí afila más sus intenciones formativas, ya sea mediante el razonamiento

o el afecto. A la vez, en dichas intenciones descubrimos más al hombre amoroso que fue Martí, logramos penetrar más en las entrañas de quien, sin cuidarse de las máscaras que otros corresponsales exigían, se muestra con plena desnudez emotiva. En esto existen dos destinatarios privilegiados: María Mantilla y Panchito Gómez Toro. Fueron los jóvenes que más cerca de su corazón estuvieron en los últimos años. Los lazos paternos que lo ligaron a su “niña” son bien conocidos, pero en el caso del hijo de Máximo Gómez, sorprende la comunicación afectiva e intelectual que hizo de aquel adolescente de menos de veinte años un amigo necesario. En realidad Panchito fue un ser poco menos que excepcional, formado al calor de su padre, de Martí —con quien logra casi una pura simbiosis— y de Antonio Maceo, junto a quien morirá, cuando contaba solo veintiún años.

Gonzalo de Quesada fue otro de los jóvenes privilegiados en el afecto de Martí, pero en él encontró el apoyo pudiéramos decir profesional del secretario eficaz, culto, y mundano, y solo su carta inicial tiene ese carácter formativo con que se ha querido caracterizar esta compilación. Faltan aquí las cartas que sabemos le envió a su hijo, Pepito, el “Ismaelillo” de su famoso poemario. ¿Qué sucedió con ellas? ¿A quién le debemos su pérdida u ocultación? ¿Sería demasiado aventurado pensar como culpables en Carmen Zayas Bazán o su familia? Dramáticamente el vínculo con su amado hijo solo lo detectamos en esa tensa y dramática misiva de despedida, uno de los más tremendos momentos de todo el epistolario martiano, precisamente por su ceñida expresividad. Entre las otras cartas a jóvenes que hemos encontrado, además de las dirigidas a su hermana Amelia y a dos hijos de Máximo Gómez, se destaca el grupo que envió a Carmita, la hija mayor de Carmen Miyares, no tan conocidas como las que le hiciera a su hermana, pero que constituyen un conjunto no menos digno de atención. También existe alguna otra carta ocasional, como la dirigida a Melitina Azpeytía, que también incluimos.

En realidad estas epístolas, más que cuidadosamente dedicadas a destinatarios precisos, que lo son, resultan muestras de un mensaje humano de validez universal y atemporal. Cada joven de hoy día puede sentir al leerlas que están dirigidas a él mismo, más allá de épocas y circunstancias. Y decimos “sentir” porque, aparte de detalles específicos y consejos útiles, su lectura significa abrirles las posibilidades a la ternura y la verdad, que como Martí supo siempre, no son inútiles.

En la compilación que sigue, cada carta —ordenada cronológicamente— tiene una nota introductoria que debe ayudar a conocer la persona a la que está dirigida y el momento en que se hizo, así como ofrecer alguna información complementaria breve. Eso que suele llamarse “aparato crítico” se ha reducido a lo indispensable, para permitir la comunicación lo más directa posible del lector con el texto martiano. Si a veces, para que no pase inadvertido, llamamos la atención en dichas notas sobre un aspecto importante de las cartas, no tratamos de glosar sus contenidos. Ello está reservado al lector, al joven lector en especial, que esperamos entre en contacto limpio y fácil con este muy particular epistolario. Y aunque no se llame María, Panchito o Amelia, se sienta igualmente aludido y motivado. Breves biografías de los destinatarios, al final de la compilación, completan el marco referencial.

SALVADOR ARIAS
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Advertencia Bibliográfica

En el libro se utilizarán referencias bibliográficas (entre paréntesis) a los siguientes textos, señalados por sus iniciales correspondientes:

(E)- *Epistolario de José Martí*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Plá. La Habana, Centro de Estudios Martianos. Editorial de Ciencias Sociales, 1993, 5 tomos. Se señalará el tomo, en números romanos y la página en arábigos. Todas las cartas de Martí se transcribirán por estos tomos.

(OC)- *Obras completas de José Martí*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. Se señalará el número del tomo, seguido por la página en que se encuentra la cita.

(DJM)- *Destinatario José Martí*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual. La Habana, Casa Editora Abril. Centro de Estudios Martianos, 1999.

Para las fechas martianas seguimos, en líneas generales, al texto de Ibrahim Hidalgo Paz *José Martí. Cronología. 1853-1895*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. Centro de Estudios Martianos, 1992.

I

Hacia 1881 mientras José Martí, en Nueva York, lucha por darse a conocer a través de la prensa continental sin olvidar su apostolado independentista, en Cuba su madre, doña Leonor Pérez Cabrera tiene que sacar adelante un hogar con pocos recursos, un esposo enfermo y tres hijas casaderas. Tras el matrimonio de la mayor en 1869, le preocupaba ahora el destino de las restantes, pues como le comunica a su hijo en carta de noviembre de 1881 “ellas pasan una vida muy impropia de su edad, y esto las desanima, necesitan alentarlas, yo hago todo lo posible pero esto no basta, siempre temo que en la edad tan crítica en que están, lleguen a cansarse, y esto las haga fijarse en alguna persona que no las merezca” (*DJM:82*).

De las hijas, Amelia, la penúltima con solo 20 años entonces, es la que menos le preocupa, pues “ha tenido buen juicio para desechar todo lo que hasta ahora se le ha presentado, que han sido nulidades”.

En diciembre de 1881 esta misma Amelia le escribe cariñosamente a Martí y él le contesta con una carta llena de afecto y buenos consejos, cumpliendo lo pedido por su madre. Sin embargo, si lo que aquí dice sobre el amor y el matrimonio se compara con lo que expresará en una de sus últimas cartas, la dirigida a María Mantilla el 9 de abril de 1895, se verificará cuánto maduraron y enriquecieron sus ideas al respecto.

A su hermana Amelia

[Nueva York, enero de 1882]

Para Amelia:

Tengo delante de mí, mi hermosa Amelia, como una joya rara, y de luz blanda y pura, tu cariñosa carta. Ahí está tu alma serena, sin mancha, sin locas impacencias. Ahí está tu espíritu tierno, que rebosa de ti, como la esencia de las primeras flores de mayo. Por eso quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, y te escondas en ti a verlos pasar: que como las aves de rapiña por los aires, andan los vientos por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma, sino después del largo examen; detenidísimo conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Hay en nuestra tierra una desastrosa costumbre de confundir la simpatía amorosa con el cariño decisivo e incambiable que lleva a un matrimonio que no se rompe, ni en las tierras donde esto se puede, sino rompiendo el corazón de los amantes desunidos. Y en vez de ponerse el hombre y la mujer que se sienten acercados por una simpatía agradable, nacida a veces de la prisa que tiene el alma en flor por darse al viento, y no de que otro nos inspire amor, sino el deseo que tenemos nosotros de sentirlo; —en vez de ponerse doncel y doncella como a prueba, confesándose su mutua simpatía, y distinguiéndola del amor que ha de ser cosa distinta, y viene luego, y a veces no nace, ni tiene ocasión de nacer, sino después del matrimonio, se obligan las dos criaturas desconocidas a un afecto que no puede haber brotado, sino de conocerse íntimamente.—Empiezan las relaciones de amor en

nuestra tierra por donde debieran terminar.—Una mujer de alma severa e inteligencia justa debe distinguir entre el placer íntimo y vivo, que semeja el amor sin serlo, sentido al ver a un hombre que es en apariencia digno de ser estimado,—y ese otro amor definitivo y grandioso, que, como es el apegamiento inefable de un espíritu a otro, no puede nacer sino de la seguridad de que el espíritu al que el nuestro se une tiene derecho, por su fidelidad, por su hermosura, por su delicadeza, a esta consagración tierna y valerosa que ha de durar toda la vida.—Ve que yo soy un excelente médico de almas, y te juro, por la cabecita de mi hijo, que eso que te digo es un código de ventura, y que quien olvide mi código no será venturoso. He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo. Aprovecha mis lecciones. No creas, mi hermosa Amelia, en que los cariños que pintan en las novelas vulgares, y apenas hay novela que no lo sea, por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas—copian realmente la vida, ni son ley de ella. Una mujer joven, que ve escrito que el amor de todas las heroínas de sus libros, o el de sus amigas que los han leído como ella, empieza a modo de relámpago, con un poder devastador y eléctrico—supone, cuando siente la primera dulce simpatía amorosa, que le tocó a su vez en el juego humano, y que su afecto ha de tener las mismas formas, rapidez e intensidad de esos afectillos de librejos, escritos,—créemelo Amelia— por gentes incapaces de poner remedio a las tremendas amarguras que origina su modo convencional e irreflexivo de describir pasiones que no existen, o existen de una manera diferente de aquella con que las describen. ¿Tú ves un árbol? ¿Tú ves cuánto tarda en colgar la naranja dorada, o la granada roja, de la rama gruesa? Pues, ahondando en la vida, se ve que todo sigue el mismo proceso. El amor, como el árbol, ha de pasar de semilla, a arbolillo, a flor, y a fruto.—Y en Cuba se empieza siempre por el fruto.—Cuéntame Amelia mía, cuanto pase en tu alma. Y dime de todos los lobos que pasen a tu puerta; y de todos los vientos que

anden en busca de perfume. Y ayúdame de mí para ser venturosa, que yo no puedo ser feliz, pero sé la manera de hacer felices a los otros.

No creas que aquí acabo mi carta. Es que hacía tiempo que quería decirte eso, y he empezado por decírtelo.—De mí, te hablaré otro jueves.— En este solo he de decirte que ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco, tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua.—A papá que te explique esto que él es un valeroso marino.—Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto ternísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejez y capricho, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcele la vida. Sonrían de sus vejez. Él nunca ha sido viejo para amar.—Ahora, adiós de veras,—Escríbeme sin tasa y sin estudio, que yo no soy tu censor, ni tu examinador, sino tu hermano. Un pliego de letra desordenada y renglones mal hechos, donde yo sienta palpitar tu corazón y te oiga hablar sin raros ni miedos —me parecerá más bella que una carta esmerada, escrita con el temor de parecerme mal.—Ve: el cariño es la más correcta y elocuente de todas las gramáticas. Di ¡ternura! y ya eres una mujer elocuentísima.

Nadie te ha dado nunca mejor abrazo que este que te mando.—¡Que no tarde el tuyo!

Tu hermano

J. MARTÍ

(E, I, 223-225)

II

Amelia Martí Pérez encontró novio por fin, y doña Leonor, con su habitual franca perspicacia y libertad sintáctica le comunica a su hijo el 9 de enero de 1882 que el novio “trabaja aquí en una casa de comercio, tiene 24 años, su figura no es gran cosa, pero su trato es formal y no es de los adocenados, parece que tiene amor al trabajo y es estudioso, yo es verdad que hubiera deseado algo más para ella pero a ella le agrada y le hemos dado la entrada en la casa, pues conozco que necesita un apoyo en la vida, ellas no pueden vivir mucho tiempo más así no hay naturaleza que resista esta vida muchos años en este país” (*DJM*: 87). Amelia le escribió a su hermano una “carta muy juiciosa y larga” (según doña Leonor) explicándole los motivos que la habían hecho aceptar a este pretendiente, pero que parece Martí nunca recibió. Por fin la joven contrae matrimonio con el novio, llamado José Matilde García y Hernández, el 10 de febrero de 1883, en la habanera Iglesia Parroquial de Monserrate. Su hermano, recién enterado del hecho, le hizo la siguiente carta, colmada de juiciosos consejos y mucho cariño. Allí menciona el futuro viaje de ese padre que tanto valora ahora a Nueva York —cosa que realizará el 7 de junio— y las razones por las que su madre y su hermana Antonia, que viven en casa de la hija mayor, Leonor, piensa no deben viajar también. La Carmen mencionada debe ser su hermana y no su esposa. Por último, una nota curiosa: la boda de Amelia puso tan contento a Martí que hasta “canté un poco” confiesa, algo muy difícilmente encontrable en otro de sus textos.

A su hermana Amelia

[Nueva York] Feb. 28. [de 1883]

Mi muy querida Amelia.

Tú no me lo querrás creer, por estos odios míos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma; pero el día en que supe tus bodas, como te creí dichosa, me sentí de fiesta. Hice visitas, canté un poco, y hablé algo más de lo ordinario.—Porque me estoy volviendo silencioso.—Tu marido me parece noble persona, y me inspira confianza.—Y tú tienes tantas y tan sólidas virtudes, y has salido de tal escuela de abnegación, y recibiste de la naturaleza tales prendas de calor de corazón y de bondad que, de seguro,—cualesquiera que sean tus dolores naturales,—serás dichosa.—Hacerte sufrir, sería como estrujar con manos brutales un lirio.—Serás dichosa, porque [para] serlo es solo necesario—aun en medio de las tormentas más recias de la fortuna—sentirse amado, encalorado, acompañado, bien cuidado, bien envuelto por alguien.—Pero este bien no se tiene sino ocasionando otro semejante.—Nadie se dará jamás—sin a quien se dé a él.—E irresistiblemente, cuando una criatura se siente con la dulce dueñez de otra, se vuelve a ella, como cordero a su madre, cuando llueve o nieva,—y se refugia en ella.—Tú eres abierta, sincera, caliente de corazón, caritativa, pura, generosa.—Quien no lo es,—es odioso, cualesquiera que sean sus galas de inteligencia o de hermosura.—Y si la falta de todas esas buenas cualidades es lamentable en el hombre,—en la mujer, que creemos urna y hogar natural de ellas, es abominable.—Pero así como el alma se aparta con disgusto de los de corazón frío, y mente calculadora y reservada, así se entrega con júbilo y sin rebozo a los de espíritu sencillo y ardiente, mano acariciadora, y pensamiento abierto. Es ley natural infalible que los que esto dan,—esto tengan;—y

que los que esto no dan, no tengan esto.— Sé que tu marido te estima, y que tú eres como la luz del sol, que mientras más se la goza, se la gusta más.— Pero esas dotes de alma en que tú abundas pueden tanto, que aunque te tuviera algún día en menos de lo que tú vales, volvería a ti de nuevo, afligido de lo que hubiese visto, y más enamorado después de la experiencia del contraste, de tu alma luminosa y serena.—No puedo hacerte, en mis grandes pobreza, regalo mejor que esta profecía en tu mes de bodas. De mamá he de hablarte ahora.—Meses hace que tengo ya pensado, y dicho, lo que intento hacer. Papá vendrá a mi lado, como imagino que él lo desea, apenas cedan los fríos, que será para marzo, o para fines de abril.—Anoche puse fin a la traducción de un libro de *Lógica*,¹ que me ha parecido—a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles—preciosísimo libro, puesto que con el producto de su traducción puedo traer a mi padre a mi lado. Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca. Ha sido más que honrado: ha sido casto.—Sangre invisible, me ha caído dentro del alma a torrentes. En mí hay una especie de asesinado, y no diré yo quien sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa.—Ahora, ya engrueso. Ustedes reposan. Nadie más que yo trabaja. Papá puede venir a descansar. Me aflige solo que mamá tenga que vivir en casa extraña. Desde el mes de abril recibirá, mes por mes, 20 o 25\$ oro. Este, no le puedo mandar más que 10, que acaso vayan, si no hallo otro modo más seguro, dentro de esta misma carta, en un billete americano, que tu buen José me hará el favor de cambiar para mamá.—Dos razones hay que me impiden pensar,—como de otro modo hubiera sin vacilación resuelto,—que mamá y Antonia viniesen también a mi lado. La más importante es—que traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor, sería como encerrarla en un castillo de nieve. Y

¹ *Nociones de Lógica*, por William Stanley Jevons. Ver su traducción en *O.C.*, t. 25, pp. 215-354.

Mamá, a poco, suspiraría con razón por volver a la tierra donde están sus hijas y sus amigas, y cuanto halaga y mantiene vivo el corazón, que aquí—solo de fuerza heroica si es mozo, o de haber resuelto ya, por matrimonio, o por haber vivido bastante, los problemas de la existencia,—queda vivo.

Ya no tengo un momento. Si he de escribir una línea a Carmen, no puedo contestar hoy a José. Esta carta es ya para él y el sábado le escribiré la suya.—

Tú me pides muchas cartas, tú—feliz—escribeme sin cesar, y oblígame a ellas.—Y no me mires como a hermano alejado, sino como a parte de tu mismo cuerpo.—

J. MARTÍ

(*E*, I, 263-265)

III

Martí conoce a Gonzalo de Quesada y Aróstegui cuando este, adolescente aún, estudiaba en Nueva York. Descendiente de una familia camagüeyana trasladada a los Estados Unidos a consecuencia de la guerra independentista, jovial, inteligente, estudioso, con dominio del inglés, supo ganarse la confianza de Martí, hasta el punto de ser invitado a hablar en la conmemoración del 10 de Octubre de 1889, en el Hardman Hall, cuando solo contaba 20 años. También Martí lo recomendó como secretario al doctor Roque Saenz Peña, delegado de la República Argentina a la Conferencia Internacional Americana que se iniciaba por aquellos días. A eso se refiere en la siguiente carta, la primera que se conserva de la muy abundante e importante correspondencia que Martí cruzó con Gonzalo, bien conocido como su discípulo preferido, a quien poco después, el 16 de noviembre de ese mismo año, le confesará: “Tengo un hijo y no hubiera querido que a sus años de Ud. y en nuestra situación me escribiese como lo que U. me escribe” (*E*, III, 156). Ya a partir de su segunda carta, Martí hace confidente a Gonzalo de proyectos e ideas en largas misivas que se escapan a los propósitos de esta selección. La alusión a los “amores” en la carta está relacionada con el noviazgo de Gonzalo con Angelina Miranda y Govín, con quien por fin se casará en 1892. Ella era hija del médico matancero Ramón L. Miranda, de cuya casa neoyorquina saldrá Martí para su viaje final.

A Gonzalo de Quesada

N. York, octubre 17/89

Mi muy querido Gonzalo:

Nada de lo que me dice me sorprende, que ya sabía yo que me lo habían de querer bien. A la melancolía es a lo que le ha de tener miedo, aunque de sobra sé que no ha de salir mal de esta otra prueba de hombre. Solo el constante dura. Y en cuanto a amores, hay que gustar a la vez, con la pasión, a la hija, y con el trabajo alegre y varonil, al suegro. No piense en volver, porque eso le puede quitar peso y seguridad a lo que haga. Vea que lo he presentado como persona firme y discreta, según yo sé que es; y que a las estrellas, según dice el verso latino, no se sube por caminos llanos. Muy bien me parece el sueldo y el que esté en amistad con un hombre a quien quiero tanto como José Ignacio Rodríguez. En pocas personas hay una unión tan feliz del juicio claro y la hermosura del alma. Es un modelo de entendimiento perspicaz y lúcido. Tiene en los yankees más fe que yo: pero ¿por esto lo he de querer menos? Dígame si lo ha hallado bien de salud, y si lo ve frecuentemente. ¿Cómo mandó la carta al Cayo? La dirección es Luis Fabrè; y un apartado que olvido. ¿La puso con el nombre del periódico? No tema, que la elocuencia nunca le falta al que escribe “de la abundancia del corazón”.

Mande y quiera a su amigo

JOSÉ MARTÍ

(E, II, 132-133)

¹ Indudablemente se trata de un texto sobre la Conferencia, enviado a un periódico de Cayo Hueso; es probable que fuera *El Rifle*.

IV

El club de niñas “Porvenir de Cuba” se menciona en el periódico *Patria* el 23 de julio de 1892, pero todo hace indicar que duró poco, pues ya el 27 de agosto no aparece citado en la lista de asociaciones patrióticas. Lo presidía Melitina Azpeytía, hija de J. Modesto Azpeytía, redactor de *La Ilustración*, periódico mensual muy ligado al Instituto o Club “San Carlos”, de Cayo Hueso, centro de muchas actividades revolucionarias. Allí habló Martí en diversas ocasiones. Particularmente, durante su visita entre noviembre 9 y diciembre 7 de 1892, hizo uso de la palabra en ese lugar por lo menos en cuatro ocasiones, una de ellas en inglés. Pero en una de esas intervenciones mencionó la presencia allí de “cosas feas”. En una típica manifestación del choteo cubano, corrió el chiste de que se refería a Melitina, que no era por cierto muy agraciada físicamente. El asunto debe haber tomado tal cariz, que Martí se sintió obligado, en noviembre de ese año, a escribirle al padre de la niña, indignado porque se pensara que fuera él “¡...capaz de descortesía y crueldad semejantes! ¡de ofender a hombre y cubano tan bueno como Ud., —y a criatura tan tierna y pura como ella!”; pues él se refería a “las feas piezas españolas” que había visto una vez representar allí (*E*, III, 221). Y acompañaba la carta con unos versos dedicados a la niña, para que fueran leídos por “una voz bien vibrante” esa noche en el propio lugar. La siguiente carta parece corresponder a la visita de Martí a Cayo Hueso, en julio de 1892, antes del incidente mencionado.

A Melitina Azpeytía

[Cayo Hueso, julio de 1892]

A. M. Azpeytía,
Presidenta del *club*
Porvenir de Cuba

Niña querida:

Martín Herrera pone en mis manos \$31.25, como contribución de ese *club* de niñas a la obra de dar independencia a su tierra, honor a sus hombres y felicidad a sus mujeres. Jamás me pareció el dinero hermoso, hasta esta vez. Él, que mueve, a los hombres a tantas vilezas, viene hoy a fortalecer mi voluntad, y a restañar heridas. ¿Quién sabe, niñas del *club*, qué herida se curará con ese bálsamo, qué bandera se comprará con esa ofrenda? No yo, sino mi patria, besa a Vds. la mano.

JOSÉ MARTÍ

(*E*, III, 152-153)

V

Francisco, “Panchito”, Gómez Toro fue el hijo mayor varón de Máximo Gómez, nacido en Cuba en 1876. Hacia 1892, después de largos peregrinajes y penalidades, Gómez y su familia estaban asentados en una finca en la zona norte de la isla de Santo Domingo. Panchito, con dieciséis años, trabaja en una casa comercial de un pueblo cercano. El 12 de septiembre recibe la visita de José Martí, a quien guía hasta la finca en donde vive su familia. La carta que sigue se supone escrita el 13 de septiembre de 1892, cuando Martí parte hacia Santiago de los Caballeros junto con Máximo Gómez, de quien se despedirá el 15 para seguir rumbo a la capital de Santo Domingo. Sus impresiones de la visita a la familia Gómez, seguidas por las dedicatorias que le pide a Panchito en esta carta, Martí las publicará en el periódico *Patria* el 29 de abril de 1893, bajo el título “El álbum de Clemencia Gómez”. Allí describe el recibimiento que le dieron y detalla su encuentro con Panchito: “...echó pie a tierra [el viajero] por breves momentos a un grande almacén, tan vasto, ordenado y activo como el mejor de las tierras pomposas del comercio: y el niño ágil y esbelto, fino en su traje y maneras, con el genio y la virtud en los ojos, clavado a su mesa humilde, aunque parecía ser el alma y confianza de la casa, era sobrio ya como un hombre probado, centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor, el primer hijo de Máximo Gómez: Francisco Gómez, de dieciséis años. A la par de él, niño otra vez el viajero y crecida de pronto la criatura, llegaron, como amigos jurados, a la casa modesta...” (OC, 5, 20). La propia dedicatoria de Martí en el mencionado álbum, aunque no publicada entonces, da el temple de su admiración ante aquel hogar: “La única verdad de esta vida, y la única fuerza, es el amor. En él está la salvación y en él está el mando” (Ibídem, 221). Las referencias en la carta, además de a los padres de Panchito, Máximo Gómez y Bernarda del Toro, son a sus hermanos Máximo, Urbano y Clemencia. Las “buenas tías” eran Regina y María de Jesús Gómez y Báez.

A Francisco Gómez Toro

[La Reforma, 13 de setiembre de 1892]

Mi muy querido Pancho:

Sigo contigo, puesto que sigo con tu padre, que te sacó al mundo de su corazón, y te llevo en mí, con tu gracia y tu virtud, como si fueras el hijo mío. Nunca seré indigno de que me quieras, y tengo por honor entre honores el de haberte inspirado cariño, y haber visto de cerca la gloria de tu casa. ¡Ahora entiendo mejor la de tu padre!

Adiós.

Un encargo tengo que hacerte, fuera de que pienses en mí, que yo, cuando vea pena y maldad a mi alrededor, sentiré de lejos la fuerza y medicina de tu pensamiento. Y el encargo es que me copies del álbum de tu inolvidable hermana, y me envíes a New York, *120 Front Street*, lo que han escrito en él tu padre y tu madre, y ustedes tres, lo que sigue sin firma a lo de tu padre, y lo de tus buenas tías.

A tus hermanitos, a ese fino Máximo y a ese fiel Urbano, diles que, lo mismo que tú, van en mi caballo de viaje, y tendrán silla de ternura donde quiera que esté yo. Para tu madre y Clemencia no tiene palabras

tu amigo

JOSÉ MARTÍ

(E, III, 206)

VI

Máximo (o Maxito) fue el último de los hijos de Máximo Gómez y Bernarda del Toro nacidos en Cuba. Con menos de un año abandonó la isla con su familia, en 1878, ante el fracaso de la guerra. Martí lo conoce cuando visita Santo Domingo en septiembre de 1892. En su artículo “El álbum de Clemencia Gómez”, publicado en *Patria* en abril de 1892 escribe: “Máximo, niño pensador que a los catorce años adivina el alma de los libros y le ve en ellos la sangre a quien los escribe” (OC, 5, 20). En abril de 1894 su padre y su hermano Panchito viajan a Nueva York a entrevistarse con Martí y demás revolucionarios. Allí queda Panchito para acompañar al Maestro en su viaje por el sur estadounidense y el Caribe. Al padre le entrega libros y cartas para Maxito y Clemencia. Dos años después, el 7 de agosto de 1896, Panchito le escribía a su hermano Máximo:

Creo que tú entiendes el mundo como yo y tienes formada una idea de la verdadera grandeza. ¿Te acuerdas de Martí? ¡Qué grande era en las pequeñeces!

Dicen que “ningún hombre es grande para su ayuda de cámara” porque en la intimidad, cuando se conoce a los hombres en los detalles, es cuando se ven los defectos; y Martí, cuanto más íntimamente se le trataba más grande se le encontraba. Así debemos nosotros ser, y nuestra línea de conducta igual en los distintos caminos porque nos lleve el deber.

(*Papeles de Panchito*. Selección, prólogo y notas Bladimir Zamora. La Habana, Editora Abril, 1988, p. 80).

A Máximo Gómez Toro

Máximo querido:

Me estás acompañando desde que te conocí, y de mucho hombre necio e incapaz vuelvo a ti la memoria, y en el silencio de mi corazón, por la energía y por cierta tristeza que hay en ti, te aprieto la mano. Ahora te mando, por el cariño de que tu padre te los lleve, esos libros útiles. La felicidad de los hombres, y la de los pueblos, está,—Máximo, en el conocimiento de la naturaleza.

Quiere a tu

JOSÉ MARTÍ

N. York, 20 abril 1894
(*E*, IV, 121)

VII

Clemencia era la hija mayor de Máximo Gómez y Bernarda del Toro, “Manana”. Después de la visita de Martí a Santo Domingo, en septiembre de 1892, se establecen fuertes nexos de amistad fraternal entre ellos, que se llamaban “hermanos”. El 29 de abril de 1893 Martí publica en *Patria* su artículo “El álbum de Clemencia Gómez”, en donde cuenta su visita y transcribe algunas dedicatorias hechas en dicho álbum, que le había pedido copiar a su hermano Panchito en carta anterior. En el artículo expresa que en ese hogar, “Se respira la Patria: y todo el fuego y la esperanza de ella, la aurora de libertad en la palidez del rostro y la raza del indómito valor en los ojos abiertos a la luz de los combates, brillaban en la hija mayor, muy leal y elocuente de naturaleza, que es ya, antes de entrar en la vida, tierna como compañera y sufrida como madre” (*OC*, 5, 20). Y en el mencionado álbum, también había escrito Martí: “El que piensa en pueblos, y les conoce la raíz, sabe, Clemencia, que no puede ser esclavo el hombre que vea centellear en tus ojos el alma heroica de la patria, ni el pueblo que tiene de raíz una casa como la tuya” (*OC*, 5, 21). Otro artículo, “El general Gómez”, aparecido el 26 de agosto de 1893, da pie a una protesta afectuosa por parte de Máximo Gómez, como postdata en una carta a Martí: “Sus memorias de viaje, estampadas en el número 76 de *Patria* han venido a descomponer mi hogar más de lo que él estaba, pues hasta Clemencia quisiera cambiar sus faldas por pantalones” (*DJM*, 288). Martí gustaba siempre de obsequiar a sus amigos, sobre todo si eran niños o mujeres, con modestos y cariñosos obsequios. Esta carta es muy ilustrativa al respecto.

A Clemencia Gómez Toro

Clemencia:

De mi pobreza quería mandar a Ud. un recuerdo, ahora que vuelve el viajero querido, para que no olvide Ud. que tiene en mí a un hermano, que es palabra de que se abusa en este mundo, pero que yo no empleo nunca sin verdad ni razón. Pensé por un momento mandarle un espejo sencillo, con marco de flores y porcelana; pero las desheché por artificiales, y acaso por ricas: y no le envió más que esos tres libros.

Quiero mucho a *Manana*. Piensen ella y Ud. alguna vez, en la pureza de su casa, en su amigo.

JOSÉ MARTÍ

New York, sábado 21 abril/94
(E, IV, 121-122)

VIII

Cuando Martí arribó a Nueva York el 3 de enero de 1880, para residir allí, encontró alojamiento adecuado en la casa de huéspedes del matrimonio cubano compuesto por Manuel Mantilla y Carmen Miyares. Sobre todo el carácter afable de ella y el cariño de sus despiertos hijos, Manuelito, Carmita y Ernesto, le sirvieron como remanso de paz en su agitada vida neoyorquina. En noviembre de ese mismo año de 1880 nació la hija menor del matrimonio, María, a la cual Martí sirvió como padrino de bautizo antes de su viaje a Venezuela. Al regreso continuará, casi siempre, viviendo en casa de Carmen Miyares como huésped, a través de los distintos lugares que ella iba alquilando. Manuel Mantilla, el esposo, fallece en 1885. Martí le profesa especial cariño a la pequeña María, el cual se hace evidente en las cartas que le escribe. La primera de ellas que se conserva es esta, fechada en Waycross, un pequeño pueblo de Georgia cruce de ferrocarriles, a donde llega acompañado por Panchito Gómez Toro en viaje desde Jacksonville rumbo a New Orleans. Ya se encuentra más repuesto de la enfermedad que lo tuvo en cama durante cuatro días en Tampa, lugar a donde María parece haberle escrito tanto a él como a Fermín Valdés Domínguez, según se alude al comienzo de la misiva. Martí y Panchito habían partido de Nueva York el 12 de mayo, para iniciar una extensa gira por el sur estadounidense y varios países caribeños. En la carta hay cariñosos recados de Martí a los hermanos de María: Carmita, que tendría entonces 21 años y a Ernesto, con solo 17. Particular interés presenta el sintético consejo a este último, reflejo de toda una filosofía de la vida.

A *María Mantilla*

Waycross, Ga. [28 de mayo de 1894]

María mía:

¿Conque Fermín es *queridísimo*, y yo no soy más que *querido*? Así dicen tus cartas. Yo me vengo de ti, queriéndote con todo mi corazón. Aunque tú y yo somos así, que callamos cuando más queremos. La verdad es que no estoy bravo contigo.

¡Me acordé tanto de ti en mi enfermedad! Una noche tenía como encendida la cabeza, y hubiera deseado que me pusieses la mano en la frente. Tú estabas lejos.—

¿Te acuerdas de mí? Ya lo sabré a mi vuelta, por el ejercicio en francés de cada día, que hayas escrito con su fecha al pie,—por la música nueva,—por lo que me digan del respeto con que te has hecho tratar,—y por el calor de tu primer abrazo.

A Carmita, que me quiera, que se ría dos horas al día, y no más, y que pinte.

Tu

MARTÍ

Ernesto:

Quiere, sirve, habla con finura y trabaja.

Tu

MARTÍ

(*E*, IV, 155)

IX

Martí y Panchito Gómez Toro llegan el 29 de mayo de 1894 a New Orleans. El 31, al anochecer, partirán hacia Costa Rica. Antes, Martí le escribe esta carta a María Mantilla, recordándole que ya no lo hará más durante el viaje, pues obviamente la correspondencia desde Centroamérica se demoraría más que su regreso. María se encuentra junto con su familia en Central Valley, hermoso lugar no lejos de New York donde Tomás Estrada Palma tenía una escuela. En esta carta le comunica algunas pequeñas cosas de su viaje, que incluyen hasta lo que comió, como ese “hominy”, sencillo plato hecho de maíz desgranado y hervido. También cuenta más de su pasada enfermedad y de las atenciones que recibió en Tampa de Paulina Hernández (y su esposo Ruperto Pedroso), así como del médico Eduardo Barbarrosa. El beso que le manda como postdata es a Patria, hija de Manuel Guerra y Mercedes Barranco, de quien había sido padrino de bautizo. La niña morirá poco después, cuando Martí se encuentre en Montecristi. Desde allí le escribirá a Benjamín Guerra el 8 de marzo de 1895: “Mi gran pena a Mercedes por el viaje de Patria. Todo será mío al fin. Que no padezca demasiado. Pero el padrino lleva a la niña en el arzón de su silla de viajero” (*E*, V, 95). En esta carta a María es de notar cómo Martí adapta su tono a la adolescente de catorce años con imaginativas muestras de afecto. Una nota simpática es la alusión cómplice a costumbres todavía campesinas de Panchito Gómez Toro, con lo que Martí unifica a los adolescentes cuyo íntimo trato sintió más cerca de su corazón.

A María Mantilla

María mía:

Ya no te vuelvo a escribir hasta que te vea, o poco antes, y quiero decirte adiós, para que no me olvides en las alegrías de Central Valley. ¿Ves el cerezo grande, el que da sombra a la casa de las gallinas? Pues ese soy yo, con tantos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos, para abrazarte, como él tiene ramas. Y todo lo que hagas, y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo. Tú sabes que yo soy brujo, y que adivino los pensamientos desde lejos, y soy como los vestidos de esas bailarinas clavadas a un cartón que anuncian el agua, que cuando hay tiempo bueno tienen el vestido azul, y si el tiempo es malo, el vestido es del color de un golpe, de morado oscuro, y si hay tormenta, negro. Si piensas algo que no me puedas decir, de lejos lo sentiré, por dondequiera que yo ande, y me pondré oscuro, como el vestido que anuncia el mal tiempo.

Por el viaje no hemos visto mucho nuevo. He visto gente mala y buena, y con la buena he podido más que la mala. He estado enfermo, y me atendieron muy bien la cubana Paulina, que es negra de color, y muy señora en su alma, mi médico Barbarrosa, hombre de Cuba y de París, y hermano bueno del que tú conoces,—y Pancho, que no se separa de mi cabecera, y hace muy buenos discursos: pero todavía anda jorobado, y se pone el sombrero sobre la oreja. Y en tantas leguas de arena y de pinares, la verdad es que solo tres cosas nos han llamado la atención:—un negro viejo de África, en la estación de Thomasville, del Estado de Georgia, donde no se puede beber vino ni cerveza: el negro lo era mucho, de bigote y barba de horca, como creo que está

el Moisés pintado en el Diccionario de Larousse (Moyse), la levita y el pantalón negros como él, el sombrero de palma, con las alas muy anchas, dobladas a los lados por el borde, la mano en el bastón, con una cuerda pasada a la muñeca, y la mirada como fuego, encendida, y larga:—y lo otro fue el almuerzo muerto de un mal hotel, con huevos que olían a pollo, y un *beefsteak* engurruñado y hediondo, y *hominy*, —y tres niñas en su traje azul, con gorros de campo, que venían de la casa de la escuela, allá en lo hondo del monte, por entre los pinos. Aquí los niños besan, y la gente sonríe.—No te me pongas áspera.

Quería, antes de entrar en viaje, recibir carta tuya, y temo que no llegue. A ver si piensas en mí, que te cuido y te quiero tanto, cuando todos estén alegres, y yo no esté donde tú estás,—cuando está el cielo tranquilo, y muy lleno de estrellas.

Tu

MARTÍ

Dale un beso a Patria.—

[Nueva Orleans] 29 de mayo [de 1894]
(E, IV, 161-162)

X

Desde que se habían conocido, en 1892, una fuerte simpatía se había establecido entre Martí y Panchito Gómez Toro, a quien su padre había dejado junto al Maestro para que lo acompañase, representándolo a él, durante el viaje proselitista que realizan por ciudades estadounidenses y caribeñas. El 12 de mayo de 1894 le escribe Martí a Máximo Gómez: “Pancho, entre el trabajo ligero y el campo feliz, va sin más pena que no estar con ustedes: y la endulza hablando de ustedes incesantemente. Todos lo celebran, y envidian tal hijo. Él sobresale por su discreción y ternura. Su orgullo es obrar bien, y pronto, y tan bien como el que más, sino mejor, que todos. Ya está hecho a la ejecución: la responsabilidad y el método. Él me será, en estos días de pena, inapreciable, íntimo apoyo. Si creí que usted me quería cuando lo dejó usted a mi lado” (*E*, IV, 37) Con Martí, Panchito viaja a Cayo Hueso, Tampa, Jacksonville, New Orleans. Su opinión cada vez más entusiasta y profunda se manifiesta en su epistolario de entonces: “Francisco Gómez me acompañaba como un orador, y como un hijo. Lo he mostrado poco, pero él se ha mostrado muy bien cuando lo ha llamado el saludo público. Ningún hombre hubiera hablado con más feliz emoción ni más eficaz honradez ni más aplomo” (*E*, IV, 167). Viajan a Costa Rica, donde Panchito se reencuentra con un viejo amigo de su niñez, Antonio Maceo. Siguen por Panamá y Jamaica, hasta que regresan a Nueva York el 5 de julio de 1894. Desde Kingston Martí le escribe a Máximo Gómez el 25 de junio: “¿Y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser, y será para mí gran soledad” (*E*, IV, 200). Panchito, que queda al cuidado de Carmen Miyares, regresará a Santo Domingo en agosto de 1894. Martí, en tránsito hacia México, le escribe la siguiente carta:

A Francisco Gómez Toro

Pancho querido:

Unas líneas pa. q. veas como no estás olvidado. ¿Te alcanzará en N. York la carta q. deseo escribirte? ¿Necesito escribirte de veras? ¿Hay palabras q. te digan más q. nuestros dos meses de cariños, q. la mirada q. por todas partes vuelvo,—desde que te dije adiós, como buscándote y necesitándote? Me parece que te llevo conmigo, y me vuelvo a ti a menudo, como si estuvieras a mi lado.

Tú me conoces, y sabes pa. qué vivo, y cómo voy. Ni veo la tierra, ni oigo sino las voces de mi patria. Esto es sufrir. Después será el viajar,—por este mundo, o por otros.

En todos te recordará y amará

tu

MARTÍ

S. Antonio Texas, 16 junio [Julio de 1894]
(E, IV, 224)

XI

En julio de 1894 Martí inicia un viaje por ferrocarril rumbo a México, a donde llega cinco días después. Allí se aloja en el hotel “Iturbide” bajo el nombre de J. M. Pérez. Visita sorpresivamente la casa de su entrañable amigo Manuel Mercado, en donde es recibido por toda la familia con gran afecto y alegría. La presente carta está muy ligada con la afición musical que Martí había contribuido a desarrollar en María Mantilla, que tocaba el piano y cantaba. Entre las obras que le llevaba de regalo se encontraba una “Meloepa”, nombre que recibían los textos escritos sobre acompañamiento musical. Y las “dos piezas muy finas”, deben ser versiones para piano de la obertura “Ruy Blas”, que el compositor alemán Mendelsshon había escrito para el drama de igual título de Víctor Hugo, y de temas de la ópera *Carmen*, del francés Bizet, que Martí la había llevado a ver, en la Ópera Metropolitana de Nueva York, el 30 de diciembre de 1893.

A *María Mantilla*

[México, julio de 1894]

Mi María:

¿A que no sabes qué te llevo? “Cuatro danzas” lindas, de un señor de acá de México, a las cuatro hijas de mi amigo Mercado,—y una “Melo pea”, a que Carmita la recite al piano,—y dos piezas muy finas sobre *Ruy Blas* y *Carmen*.—El domingo me preparó la casa de Mercado una gran fiesta de música, para mí solo. Las tres hijas cantan, y una con voz muy pura y llena,—y tocan, tu rapsodia y tu minueto: por la noche fue lo hermoso, con la orquesta, de once, de mandolinas, bandurrias y guitarras. Pero lo admirable aquí es el pudor de las mujeres, no como allá, que permiten a los hombres un trato demasiado cercano y feo. Esta es otra vida, María querida. Y hablan con sus amigos, con toda la libertad necesaria; pero a distancia, como debe estar el gusano de la flor. Es muy hermoso aquí el decoro de las mujeres. Cada una, por decoro, parece una princesa. ¡Y el cariño de la casa!

Acá ahora tengo muchas hijas. Son mujeres ya las tres hijas de Manuel Mercado, y para mí son como si fueran niñas. La casa parece una jaula de pájaros deshecha cuando llego. Me han puesto la mesa llena de rosas y nardos: me han hecho cada una con sus manos un plato finísimo, de comida o de dulce: cada una me ha preparado una sorpresa. A mí, a veces, se me llena de lágrimas el corazón.—Y me pongo a pensar, y me pregunto si tú me querrás así, y Carmita, y Ernesto.—Yo todo lo que veo, quisiera llevárselos: y no puedo nada: un muñequito sí les llevo, y un amigo que las ve por todas las partes. ¿Qué plato fino me preparas tú, hecho con tus manos? Aquí todas las

niñas saben hacer platos finos.—Y yo, temblar de miedo de que tú no me quieras como aquí me quieren.

Tu

MARTÍ

(*E*, IV, p. 227)

XII

Martí regresa de su viaje proselitista a México el 15 de agosto de 1894. Panchito ya había vuelto a casa de sus padres, en Montecristi, Santo Domingo, el día 10. Los “deberes mayores” a los que Martí le aconseja ceder, deben referirse con seguridad a que se quedara en Santo Domingo, ayudando a Máximo Gómez en las labores revolucionarias, pero también contribuyendo a mantener el hogar del cual era primogénito varón, ahora que su padre se preparaba a dejarlos, a pesar del fervoroso deseo de Panchito sobre su incorporación inmediata a la lucha armada. Todo hace indicar que esta breve carta iba como nota al dorso de otra dirigida a Máximo Gómez, en la que expresaba “preguntarle a la larga por ese Pancho leal y discreto, por quien me preguntan con muy cariñoso interés cuantos en el camino lo conocieron. Que él sea continuamente palabra mía para con Ud...” (E, IV, 28).

A Francisco Gómez Toro

[Nueva York, 30 de agosto de 1894]

Hijo Pancho:

Tienes que ceder a deberes mayores. No te puedo escribir,— contestar tu carta hermosa,—decirte que todos los días te busco y deseo. Mírame de lejos, lo mismo que me viste, como el mulo de mi tierra. Y gozo porque ya tú conoces de cerca a sus hijos. Adiós ahora. Alguna carta mía te llegará y no la olvidarás. Ni acá te olvida nadie. Ni por las tierras que vimos. Abraza a tu casa.—Y piensa siempre, con todo tu cariño, en este pobre mulo.

Tu

MARTÍ

(*E*, V, 239)

XIII

En carta a Máximo Gómez del 8 de septiembre de 1894, Martí protestaba porque le faltaba en su correspondencia “una cosa, —y es alguna muestra de que ese Pancho querido no me ha olvidado” (*E*, IV, 243), pues este no le había escrito. Mas pocos días después parece que recibió carta suya, y rápidamente el 23 le contesta, con breves pero afectuosas frases, que guardan el recuerdo del viaje que realizaron juntos por la Florida y el Caribe. A pesar de lo escaso de tiempo que Martí se encuentra, pues como dirá en carta a Máximo Gómez el 24 de septiembre: “Me entrego, pues, a las últimas faenas, sin dormir, porque no puedo, pero sin ofuscarme. Llena el alma de la grandeza ajena, de la de Ud., de la voluntad que nos acompañan, me siento como oreado y mejor, y como si estuviéramos poniendo la mano en algo santo” (*E*, IV, 269).

A Francisco Gómez Toro

[Nueva York] 23 Stbre. [de 1894]

Pancho queridísimo:

Adelanta su salida el vapor de hoy,—que es tremendo de correos para mí, Cuba y la Florida y nuestro Santo Domingo,—y no te alcanza más que lo que de tu compañero de viaje, que busca en vano tu hombro para apoyar el cansancio—puede ir, de respuesta a tu carta, demasiado breve, en estas líneas. Mejor. La verdad habla poco. Solo habla para abrirse paso. Tú y yo nos queremos demasiado para decírnoslo mucho.

De veras se me va el vapor. A tu madre, a Clemencia, que es hermana tuya y mía, a tus hermanitos díles todo lo que, para criaturas como ellas, pueda decirles quien conoce toda su ternura y su virtud. Díles que son como de mi propia sangre.

Tu

J. Martí

(E, IV, 239)

XIV

Ya en el viaje definitivo para su incorporación directa a la lucha en los campos de la Cuba insurrecta, Martí sale el 30 de enero de 1895 de Nueva York, a bordo del vapor Athos, acompañado por Enrique Collazo, Mayía Rodríguez y Manuel, el hermano mayor de María Mantilla. Tres días después, desde alta mar, le escribe Martí la siguiente carta a María. En esta, como en las siguientes que le hace desde Santo Domingo, existe un evidente deseo de comunicarle algunos consejos básicos sobre la vida, a veces de tipo filosófico y otras de carácter práctico. La lejanía y el mismo peligro que va a correr lo hacen sintentizar, en forma apresurada aunque no superficial, lo que quiere traspassarle a su niña, que constituye su sostén afectivo más socorrido en esos días, habida cuenta la incomunicación con su hijo Pepito. La indicación a María sobre la confección de un diccionario, a modo de historia de su viaje, se basa en ese esencial principio pedagógico que allí expone: “No se sabe bien sino lo que se descubre”. Las personas aludidas en la carta son Gonzalo de Quesada y Aróstegui, la pequeña hija de este Aurora de Quesada y Miranda y Blanche Zacharie, la esposa de su amigo Luis A. Baralt y Peoli, primo de Carmen Miyares. A los hijos de este matrimonio —Blanca, Adela y Luis— es la referencia a que María estará “hecha una madre con los hijos de Luis”. El “bebito” debe ser Benjamin, el hijo de Benjamín Guerra y Ubaldina Barranco. Los libros mencionados en la carta son el famoso y manuable *Diccionario Enciclopédico Larousse*, que continúa reeditándose en nuestros días, actualizado, y quizás un libro de Thomas Bulfich, erudito estadounidense, popularizador de la mitología clásica. La contestación a esta carta por María, con fecha febrero 18, parece ser la última que recibió Martí, pues fue encontrada entre sus pertenencias cuando cayó muerto en Dos Ríos. (Los documentos de Martí en Dos Ríos. Suplemento especial del periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 20 de mayo del 2001, p. 3)

A María Mantilla

[A bordo del vapor Athos] Febrero 2.—1895

Mi niña querida:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura. Mira a una mujer generosa: hasta vieja es bonita, y niña siempre,—que es lo que dicen los chinos, que solo es grande el hombre que nunca pierde su corazón de niño: y mira a una mujer egoísta, que, aun de joven, es vieja y seca. Ni de las arrugas de la vejez ha de tenerse miedo. “Esas arrugas que tú tienes, madre mía”—dice algo que leí hace mucho tiempo—“no son las arrugas feas de la cólera, sino las nobles—de la tristeza”.—Quiere y sirve, mi María.—Así te querrán, y te querré.—¿Y cómo no te querré yo, que te llevo siempre a mi lado, que te busco cuando me siento a la mesa, que cuanto leo y veo te lo quiero decir, que no me levanto sin apoyarme en tu mano, ni me acuesto sin buscar y acariciar tu cabeza? ¿Y tú me olvidarás, o te distraerás de mí, y querrás más a quien te quiera menos que yo?

¿Qué has hecho desde que te dejé? Entre niños y enfermos y las primeras visitas habrás tenido poco tiempo en los primeros días, pero ya estarás tranquila, cuidando mucho a tu madre tan buena, y tratando de valer tanto como quien más valga, que es cosa que en la mayor pobreza se puede obtener, con la receta que yo tengo para todo, que es saber más que los demás, vivir humildemente, y tener la compasión y la paciencia que los demás no tienen.—A mi vuelta sabré si me has querido, por la música útil y fina que hayas aprendido para

entonces: música que exprese y sienta, no hueca y aparatosa: música en que se vea un pueblo, o todo un hombre, y hombre nuevo y superior. Para la gente común, su poco de música común, porque es un pecado en este mundo tener la cabeza un poco más alta que la de los demás, y hay que hablar la lengua de todos, aunque sea ruin, para que no hagan pagar demasiado cara la superioridad.—Pero para uno, en su interior, en la libertad de su casa, lo puro y lo alto.—

Los libros, se habrán quedado en Central Valley, y yo lo he de sentir, sobre todo si se quedó allá el Larousse, que ahora te serviría en un trabajo de cariño que quiero que hagas, para ver si te acuerdas de mí,—y es que vayas haciendo como una historia de mi viaje, a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos de este viaje mío.—*Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas*, y escribe lo que encuentres.—*Athos*, es el nombre del vapor: busca *Athos*.—*Cap Haitien* es el lugar a donde vamos ahora,—búscalo, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irías pensando en mí.—El Larousse está en casa de Gonzalo, y Blanche tiene un buen libro de Mitología, donde puedes leer de Atlas y Athos: “Goldfinch” es el autor del libro, o cosa así, con láminas.—De *Cap Haitien* habla mucho una geografía de las Antillas que tenemos, pero está en Central Valley.—Tú hallarás.—No se sabe bien sino lo que se descubre.

Y ahora un abrazo muy largo, para que te duermas con él.—Visita en nombre mío a Aurora, y al *bebito* y diles que es leal mi corazón. Estarás hecha una madr con los hijos de Luis.—Es lo que me gusta más de ti: que te quieren los niños.—Pero nadie te quiere más, ni desea más verte y oírte

que tu

(E, V, 55-56)

J. MARTÍ

XV

Si Martí sentía un enorme cariño por María Mantilla, también lo hacía extensivo a su hermana Carmita, siete años mayor, igualmente objeto de efusivas cartas suyas durante ese último viaje a Santo Domingo. Así, casi siempre que les escribía lo hacía a ambas el mismo día. Carmita debía tener en 1895 unos veintidós años y ya trabajaba como profesora particular. La siguiente carta, por las mismas razones de las que le escribe a María entonces, contiene hermosos consejos, hasta el punto de que Martí, en broma, se excusa por su papel de “predicador”. En su viaje, el 2 de febrero, tras tres días de navegación, se acercan a las Islas Bahamas. Al día siguiente pernoctarán en Fortune Island, para de allí seguir rumbo a Cabo Haitiano, a donde arribarán el 6 de agosto. Como en esta carta menciona expresamente al hermano de María y Carmita, Manuelito, a la sazón con unos 24 años, que viaja con él, es ocasión para recordar los lazos que unieron a este con Martí, quien atendió especialmente su formación. Preocupado en mayo del 94 por su comportamiento, se lo envía a su entrañable Fermín Valdés Domínguez en Cayo Hueso. En carta a este, el 30 de ese mes, le dice: “A Manuelito que no se eche sobre ti. [...] Si me le das pesos sueltos, está perdido el mozo. Que trabaje lo que gaste. Como a mi hijo lo quiero, aunque no lo sabe él, y debemos salvarlo. Él es de oro, y no hay más que ponerle el fango a hervir” (*E*, IV, 175). Aunque Martí parece no haberle escrito directamente al joven, en carta a Fermín del 2 de julio hay párrafos para él: ¿No trabaja Manuelito? ¿Deshonrará allí a su madre, cayendo en la misma vida que llevaba aquí? No es mi hijo; pero me sacará sangre esa pena. No veo que Manuelito haya empezado aún su rescate. [...] Léele todo esto” (*E*, IV, 209). Sin embargo, parece que se consumó el “rescate” que reclamaba Martí, pues posteriormente le encomendó a Manuelito delicadas misiones. La respuesta de Carmita a la siguiente carta la llevaba consigo Martí al morir en combate.

A Carmen Mantilla

[A bordo del vapor Athos] 2 de febrero, 1895

Mi Carmita buena:

Muchos días han pasado, y pasarán, después de aquel doloroso de mi salida, sin que ni este mar nuevo ni el cielo claro me hagan olvidar tu pena y tu cariño. Es un pensamiento parecido al sol, que sale de repente de entre las nubes negras, y llena de color la mar oscura. El recuerdo de Vds.,—de tu alma limpia y leal,—es en mí una luz siempre encendida. ¿Y yo? ¿Ya soy nube, y cosa ida? ¿Iré yo pensándote, y deseando, con mi ternura mayor, que la vida respete y premie tu virtud, tu verdad, tu piedad, y tú recordarás poco a los viajeros, con la golosina de New York? Yo sé que no. Tú callas, y quieres. Tú sabes que la pureza y la lealtad son la dicha única. Hay pocas almas tan capaces como la tuya de fidelidad, que es la aristocracia verdadera. Deja que la gente vanidosa e infeliz se entretenga royendo los huesos del mundo.—Y que New York no te haga olvidar tus libros útiles. Tú misma te estimas más, y te respetas más desde que estudias y sabes. Eso quita penas, y da autoridad y ventura. Solo el desocupado es desgraciado.—Deja que otros malgasten la existencia,—y tú, vela con lástima,—levántate de donde estén los malignos y los ociosos, y no dejes de crecer un solo día.—Iba a acabar aquí, para que no me dijeras predicador: pero tú sabes que yo quisiera hacerme como un manto de mis entrañas, y abrigarte del mundo con ellas:—te quiero como a hija.

Vamos andando por la mar, y ya estamos cerca de *Cat Island*, que es la primera que se ve yendo del Norte, y de *Watling's Island*, que viene enseguida, y se ve con curiosidad, porque muchos creen que esa es la primera tierra de América que vio Colón,—la que llamó San Salvador. ¡Tan cerca de Cuba, y todavía tan lejos!

Esta noche dormiremos poco, porque llegaremos a otra isla,—*Fortune Island*,—donde el vapor toma los trabajadores de la travesía. Es curioso verlos llegar, como los vi yo otra vez, encaramados en el bote, que viene por la mar como un jinete va a caballo, saltando y bregando. Y traen un canto largo y triste.

A tu mamá le escribí ya pero no le dije cómo nos podrían llegar tal vez noticias de Vds.—A la verdad que no veo aún cómo, en la indecisión de nuestro camino. Ahora mismo acabamos de decidir seguir por mar a Montecristi, lo que acorta unos cuatro días el primer cálculo. Pero no vamos a estar de parada en lugar fijo, ni conocemos aún nuestra ruta, ni es probable que las cartas nos alcancen, porque vamos adelantando, a no ser que las hallemos a la vuelta, si hemos de volver, o que nos las envíen quienes aquí las reciban, si hemos de detenernos. —Yo creo que deben escribirnos a tres direcciones a la vez: —una, con sobre de afuera a *Juan Anido, Santo Domingo*; —otra a *M. J. Aybar, Jiménez & Co. Montechristi*, y la más extensa y segura al *Dr. Ulpiano Dellundé Cap. Haitien, Haití*.—Aprovechen los primeros vapores, que se buscan en la columna de *Ocean Steamers*, en la página marítima del *Herald*.¹—Porque esa va a ser ahora pena grande para *Manuelito* y p mí no saber de Vds. No importa, sin embargo.—Te veo cuando el sol se pone y cuando el sol se levanta. Un recuerdo al estudioso Soto.—

Tu

MARTÍ

(E, V, 233-234)

¹ Se refiere a la columna de los “Vapores oceánicos” del diario neoyorquino *The New York Herald*.

XVI

Ya ante la inminencia del alzamiento armado, Martí, junto con Enrique Collazo, Mayía Rodríguez y Manuel Mantilla —el hijo mayor de Carmen Miyares— viajan a Montecristi, Santo Domingo, a donde llegan el 7 de febrero de 1895. Gómez los recibe y le informa la situación existente. El 14 viajan a Santiago de los Caballeros, para entrevistarse con otros revolucionarios, mientras Manuel —Manuelito— queda en “La Reforma”. El 15 de febrero, tan pronto arriba a la ciudad, recibe Martí carta de Panchito, a la que responde con la misiva que sigue. En su respuesta a esta, Panchito le explicará: “Vino en su carta su cariño hermoso, y de las flores del patio cubano se vio aquí la belleza en el afecto generoso de Ud. Quise, verdad—conversar siempre con los viajeros queridos, y a Santiago fue a esperarlos mi carta / Me siento orgulloso al lado de Manuelito y de hermano es mi amor, pues de madre fue el cariño que hallé en la de él, y he de responderle por la deuda”. Cuando regresen a “La Reforma”, Panchito acompañará a Martí solo hasta Dajabón, en la frontera haitiana. Sobre esto le escribirá después Gómez a Martí: “Llegó Pancho ayer, al que Ud. no debió devolver sino llevarlo. Tengo la presunción de creer que Pancho, a nadie estorba, siempre será útil y jamás costoso o caro. Volvió él triste pero yo lo consolé...” (*DJM*, 336). Manuelito queda con Panchito y este le vuelve a escribir a Martí el 20 de febrero. Cuando el que llamaba “Maestro inolvidable” regrese a la Isla de Santo Domingo será para partir definitivamente, junto con su padre, a la lucha en Cuba. A pesar de sus protestas, no aceptan que Pancho los acompañe. Este le regala su revólver a Martí, que es el que trataba de usar cuando cae muerto en campaña el 19 de mayo. Significativamente, la última carta que se incluye en el tomo *Destinatario José Martí* (360) es una de Panchito fechada en junio 15 de 1895, cuando evidentemente se negaba a aceptar los rumores sobre su muerte. Panchito por fin vendrá a Cuba y morirá en combate, junto a Antonio Maceo, el 7 de diciembre de 1896.

A Francisco Gómez Toro

[Santiago de los Caballeros,
15 de febrero de 1895]

Mi *Pancho* querido:

Santiago nos saludó con tu carta juiciosa, y los recuerdos gratos de tu casa. Bien vamos por todas partes, pero es que de allá nos piensan y protegen. Tú me le irás enseñando a Manuelito, a paseos de hermano, esos campos del contorno. Ya habrás visto cuánto te conoce y te quiere, como todos los que me conocen a mí, porque tú siempre vas conmigo.—Estoy viendo de aquí las flores del patio, y las quisiera mandar a tu casa.—Vayan los pensamientos y el orgullo que tiene en verte tan útil y bueno,

tu

MARTÍ

(E, V, 63)

XVII

El 19 de febrero de 1895 Martí pasa la noche, junto con Gómez y Collazo, en casa de Nicolás Ramírez, en Santiago de los Caballeros, y aprovecha para escribirles a María y Carmita Mantilla. Desde el 16 había estado de viaje por el norte dominicano, para entrevistarse con Eleuterio Hatton, quien residía en el puerto de San Lorenzo, bahía de Samaná. Esta carta a María tiene fragmentos paralelos a los que incluye en su Diario. De Montecristi a Cabo Haitiano. Allí, describe el 16 el camino de Santiago de los Caballeros a la Vega, rodeado de árboles frutales. Y al día siguiente (fechado, sin dudas por error, en *OC* como 15), escribe: “Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillan sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre” (*OC*, 19, 192). Llama la atención cómo cuenta lo mismo con matices distintos, con mucho mayor lirismo y fuerza poética en la carta. María parece haberle escrito antes sobre su asistencia a una función de ópera, género en el que la había iniciado el propio Martí, de allí el cariñoso reproche respecto a los tenores “con un do en la garganta”, es decir con la emisión de una difícil y alta nota que solía causar sensación. Con la recomendación de que cuide a su madre, Carmen Miyares, van los acostumbrados saludos al “bebito”, el pequeño Benjamincito, hijo de Benjamín Guerra y Ubaldina Barranco, y a Aurora, la pequeña hija de Gonzalo de Quesada. En una carta conjunta de Martí a sus más cercanos colaboradores políticos neoyorquinos, Benjamín y Gonzalo, fechada en Cabo Haitiano el 10 de abril, les recomendará: “Paseen juntos a Aurora y Benjamín” (*E*, V, 153).

A *María Mantilla*

Maricusa mía:

¿Cuántos días hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el *batey*, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti.—Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y otro, de árboles frutales,¹ de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en Vds., y en tenerlas conmigo para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas.—Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros, los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas.—Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti.—Le hablé de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años:—ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre.—Haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío.—Visita

¹ Martí escribió “árboles de frutas”, pero luego tachó la preposición y convirtió la palabra “frutas” en “frutales”

a Aurora, y a mi gran *baby*.—Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuidala.—

Un beso triste de tu

José Martí

Santiago de los Caballeros, 19 Feb. [de 1895]

Busca pa. tu diario, *Santiago*: y *batey*.

(*E*, V, 66)

XVIII

En febrero 19 de 1895, durante su estancia en casa de Nicolás Ramírez en Santiago de los Caballeros, Martí le escribe el mismo día cartas separadas a María y Carmita Mantilla. Aunque por ambas Martí siente un enorme cariño, deben destacarse los matices del tono que utiliza para dirigirse a cada muchacha según su edad, pues la primera contaba solo catorce años y la segunda veintidós. Como se infiere de la carta, Carmita está dándoles en aquel momento clases a niños. Sobre la fecha y el lugar de esta carta, el *Epistolario* especifica:

Hemos observado que regularmente, desde su partida hacia Santo Domingo, siempre que Martí escribía a María Mantilla también lo hacía a su hermana Carmita. En la dirigida a esta última, el 2 de febrero de 1895 anota la dirección del doctor Ulpiano Dellundé, en Cabo Haitiano, adonde pueden dirigirle sus cartas; y en la de principios de marzo y del 18 del mismo mes, le habla de la que ella le envió. Debido a que en la misiva que estudiamos ahora no hace mención alguna de esta carta que le escribiera Carmita, suponemos que ella no le había contestado aún, por lo cual la consideramos anterior a las dos que Martí les dirigió en marzo [...] y la incluimos con la misma fecha que la destinada a su hermana María el 19 de febrero de 1895 (*E*, V, 67).

A Carmen Mantilla

[Santiago de los Caballeros,
19 de febrero de 1895]

Mi muy buena Carmita:

De ti, y de tu paciencia, y de tus discípulos hablaba ayer, por una niña que no ha aprendido tan pronto como tu Candita, y sentí no tener retrato tuyo que enseñar. Pero te pinté como eres, natural y generosa, enemiga de pompa y mentira, sin más defecto ni pecado que enojarte cuando las cortinas de la sala no quedan exactamente a la mitad del cristal: y tengo fe en que los que me oyeron no te olvidan. Voy regando almas buenas y noto cómo les crece a veces el alma a los que me oyen. Es que sufrían de desamor; y oyéndome, creen. Yo cuento al sesgo, como si no me oyeran los descreídos.—Y al hablar de ti, noté que un joven poeta, y no mal mozo, ni descortés, acercaba más al mío su sillón. Esto te parecerá a ti ahora, por ciertas razones, un desacato y una grave ofensa, pero por ahí verás cómo te recuerda y te lleva en el alma tu

J. MARTÍ

(*E*, V, 67)

XIX

Martí les había escrito a María y Carmita Mantilla el 19 de febrero. Un día antes, en Nueva York, las muchachas se enteran de la posibilidad de un correo seguro, y le escriben, como lo hace también su madre, Carmen Miyares. Estas fueron las últimas cartas que al parecer pudo recibir de ellas, pues se le encontraron en su ropa al caer muerto en combate, el 19 de mayo (Los documentos de Martí en Dos Ríos. Suplemento especial del periódico *Juventud Rebelde*, 20 de mayo del 2001, p. 3). El comienzo de la carta de María era el siguiente: “Mi queridísimo Martí:// No sabe la alegría que me dio cuando recibí su carta; y a la vez me entristeció [sic], de pensar que venía de tan lejos.// He buscado las palabras que Usted me dijo, y he escrito lo que significan.// Le voy a decir una cosa muy triste, la cual es que Patria, su haijada [sic], se murió, hace una semana. Murió de pulmonía.” Más adelante le informa “Aurora está muy bien y muy graciosa. Lo mismo el bebito de Ubaldina.// Yo sigo estudiando mi piano” (Ibídem). Lo de la oreja que se le helara al hermano de María, Ernesto, Martí lo supo por carta de Carmen Miyares a su hijo Manuel, también de fecha febrero 18, igualmente encontrada entre sus pertenencias (Ibídem, p. 3). Cuando Martí recibió las cartas, quizás en el mismo Cabo Haitiano, ya Manuel estaba de regreso a Nueva York, pues lo hizo el 18 de marzo, por lo que el recibo de estas cartas, que incluían dos a Manuel, tuvo que ser posterior a esa fecha. Ulpiano Dellundé es el amigo generoso de Cabo Haitiano, en cuya casa paraba, que le va a enviar un recuerdo de Martí desde París, pues le había prometido suscribir a María Mantilla a un periódico francés. Se trataba de *Le Petit Français Illustré* (El Pequeño francés ilustrado), editado en París entre 1889 y 1905, con 12 páginas y que circulaba los sábados (*E*, V, 102). Esta carta debe ser fechada en Cabo Haitiano el 3 ó 4 de marzo, que fueron los días de estancia de Martí en ese lugar, al cual volverá, tras el fracaso de su primer intento de viaje a Cuba, entre el 6 y el 10 de abril, para su definitiva partida.

A María Mantilla

[Cabo Haitiano, marzo de 1895]

Mi María:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada vez te ve, con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y solo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.

¿A que de París, de ese París que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver mundo antes de que entres en los peligros de él,—a que de París vas a recibir un gran recuerdo mío, por mano de un amigo generoso de Cabo Haitiano, del padre de Rosa Dellundé? Yo voy sembrándote, por donde quiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú, cada vez que veas la noche oscura, o el sol nublado, piensa en mí.

En mi nombre visita a Benjamincito, y a Aurora, y a Mercedes, a quien escribiré antes de salir de aquí, y ve con ella a llevarle flores a mi pobrecita Patria. Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos. Que no hagas nunca nada que me dé tristeza, o yo no quisiera que tú hicieses. Que te respeten todos, por decorosa y estudiosa. Que entiendas cuánto, cuanto te quiere

tu

MARTÍ

Y ¿esa oreja de mi leal Ernesto? Le mando un beso, allí donde se le heló, tú se lo das.—

(*E*, V, 90-91)

XX

Durante la visita de Martí a Cabo Haitiano, el 3 de marzo, para entrevistarse con Ulpiano Dellundé, en busca de armas para la expedición a Cuba, aprovechará para escribirle a la familia Mantilla. Al parecer ese lugar tenía una buena comunicación marítima con Nueva York. El 4 regresará en lancha a Montecristi. Con esta carta, Martí respondía la de Carmita Mantilla del 18 de febrero de 1895, encontrada entre sus ropas cuando muere en combate. La carta de la muchacha comenzaba de la siguiente forma: “Mi queridísimo Martí:// Recibí su cariñosísima y linda carta fechada en Febrero, la cual me dio muchísimo placer. Cuando uno lee una carta como esa, ve uno más clara la maldad, vanidad e ignorancia de la gente. Para mí, y todos los que lo conocen a Ud. como yo, Ud. es el hombre más cerca [de] la perfección que existe” (Los documentos de Martí en Dos Ríos. Suplemento especial del periódico *Juventud Rebelde*, 20 de mayo del 2001, p. 3). La referencia a Soto se explica en carta de Carmen Miyares a Martí de igual fecha y destino: “De Soto (padre) recibí carta, me dice que es de todo su agrado qe. su hijo haya elegido[sic] mi hija con objeto de casarse con ella: pero cree que el muchacho debe apurarse y tratar de hacerse un hombre útil antes de pensar en contraer matrimonio, y para eso dice que él como el padre y yo como madre de mi hija debemos contribuir a que este muchacho se encamine a ser un hombre y que sepa las obligaciones que va a contraer: yo creo que él conoce a su hijo y teme que sea una nulidad: en lo que no creo está mui[sic] equivocado pues aun que el muchacho es bueno sin embargo no es eso todo lo que debe ser un hombre, en fin veremos que sale de él hacer en lo futuro tal vez desida[sic] abandonar esa pereza que creo es su principal defecto: todo lo sentiría por la pobre Carmita que es buena y abnegada” (Ibidem).

A Carmen Mantilla

[Cabo Haitiano, marzo de 1895]

Mi Carmita buena:

Con tu cartica sentí como un beso en la frente. Bien lo necesita mi mucha pena. Es bueno sufrir, para ver quien nos quiere, y para agradecerlo. Cuando te vuelva a ver, te he de tener mucho tiempo abrazada,—aunque esto es siempre así, aunque tú no lo sientas, porque yo velo por ti, y estoy siempre junto a ti, y te defenderé de todas las penas de la vida.—Quiere mucho a tu madre, que no he conocido en este mundo mujer mejor. No puedo, ni podré nunca, pensar en ella sin conmovirme, y ver más clara y hermosa la vida. Cuida bien ese tesoro.—El libro de citas, tú verás como va a alejar de mí todo peligro: lo llevaré siempre del lado del corazón.—

A Soto, que estudie, hasta que su padre lo respete.

A Ernesto, que me ha de acompañar mucho en esta vida.

Un beso en la mano de tu

J. M

(*E*, V, 91-92)

XXI

El 18 de marzo de 1895 el comandante Enrique Collazo y Manuel Mantilla salen de Montecristi para Nueva York en el vapor *Clyde*. Por supuesto, la ocasión resultaba perfecta para que Martí se comunicara con el resto de la querida familia Mantilla. Sin embargo, de ese momento solo se conserva esta carta a Carmita, a pesar de su costumbre de duplicar siempre los envíos a las muchachas. Aquí demuestra también su afecto por el hermano mayor, Manuel, que Martí devuelve a Nueva York debido a su enfermedad, pues había tenido un vómito de sangre en Santo Domingo. Morirá, enfermo de tuberculosis, en 1896. A pesar de que se ha insinuado que el joven no tuvo la mejor conducta cuando el incidente de Fernandina, al cual estuvo directamente vinculado, en esta carta Martí se muestra satisfecho de su comportamiento y seguro de su afecto: “Manuel, que va contento de sí mismo, y capaz de grandes cosas”. Aunque por su fecha esta carta podría ser una respuesta a la que Carmita le enviara en febrero 18, y que, efectivamente, llevaba consigo “como los caballeros de antes el lazo de colores”, al morir, no parece serlo, pues todas las misivas encontradas en el cadáver de Martí correspondían a la misma fecha, y entre ellas estaban dos cartas de Carmen Miyares y María Mantilla a Manuel, que obviamente no habían sido recibidas antes del 18 de marzo, fecha de su partida, por lo que Martí se quedó con ellas. Si bien, sobre todo, siempre se encomian las cartas a María, esta dirigida a Carmita, aunque breve, compite con las más bellas y emotivas salidas de su pluma.

A Carmen Mantilla

Mi Carmita buena:

Manuel se me va, y con él como una raíz de mi corazón: con él aquí me parecía que estaban aún cerca de mí, y me defendían de mis penas: ahora él se va; y me han de pensar mucho, para que sus pensamientos vengan volando a defenderme.—Me quedo muy solo; y mi alma extraña, por su misma capacidad para sufrir, enoja a los hombres, y los invita a angustiarla y herirla. ¿Y tu carta generosa, tu cartica linda, donde estás tú toda, con la delicadeza y la inteligencia que solo yo conozco en ti bien, y te he de consolar y de premiar si vivo?

En otro tiempo, cuando los hombres peleaban de lanza y casco en los torneos, rodeados de gente, como ahora pelean a lengua y pluma, el orgullo del caballero, que de veras iba a caballo, era el lazo o la banda de colores que le había dado su hermana, o su novia, o su amiga: y yo llevo así tu carta conmigo, como los caballeros de antes el lazo de colores.—Sobre cartas así, resbalan las balas.—

Tú me volverás a ver. Aún me queda mucho que sufrir. Ahora, sálvate del mundo;—desdeña, como sabes, lo que tanta mujer ligera persigue sin decoro, que es la falsa distinción, y la publicidad dañina; cuida bien a Manuel, que va contento de sí mismo, y capaz de grandes cosas,—y a esa riqueza de tu madre, sin la que me siento pobre de verdad.—Un beso en esa frente pensadora—y que vengan, volando, pensamientos.

Tu

J. Martí

M.[onte] C.[risti] 18 de marzo [de 1895]
(E, V, 108)

XXII

El 25 de marzo de 1895 Martí considera ya inminente su salida hacia Cuba, junto con Gómez, para incorporarse a la lucha armada. Se ha comprado la goleta *Mary John* a un comisionista de Montecristi, quien promete emplear al capitán y al contraamaestre para realizar el viaje a Cuba. Ese día Martí, conocedor de las dificultades que en el territorio de Cuba libre tendrá para enviar correspondencia, escribe sus famosas cartas de despedida a su madre y a su amigo Federico Henríquez y Carvajal, seguro de que lo menos que podía hacer “es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestra tierras, sale de su casa enamorada y feliz, a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos” (*E*, 5, 117). También escribe a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra y, por supuesto, de manera conjunta, a sus queridas María y Carmita. Esta intensa y breve carta no descuida, sin embargo, consejos bien precisos sobre la escuela que deben poner.

A María y Carmen Mantilla

Mi María y mi Carmita:

Salgo de pronto a un largo viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Vds., y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor,—de que se me conservan generosas y sencillas,—de que jamás tendrán de amigo a quien no las iguale en mérito y pureza.—Y ¿en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, las dos juntas, una escuela: una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa. Mis niñas ¿me quieren?—Y mi honrado Ernesto.—Hasta luego. Pongan la escuela. No tengo qué mandarles—más que los brazos. Y un gran beso de su

MARTÍ

[Montecristi] 25 de marzo.—[1895]
(*E*, V, 127)

XXIII

A su hijo, Pepito, Martí le había consagrado su famoso poemario *Ismaelillo* (1882), con una conocida dedicatoria que comenzaba: “Hijo: Espantado de todo me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti” (OC, 16, 17). Quien esto escribía, ¡cuántas hermosas muestras epistolares le habrá hecho a su hijo! En cartas a otras personas Martí hace alusión a esta correspondencia. Hasta se enorgullece de los rasgos de la letra de su hijo, que se parecen a los suyos a esa edad (*E*, II, 46). Pero solo ha llegado a nosotros esta carta, la final, escrita a punto de partir para su último viaje a Cuba. El día en que está fechada es el de su salida de Montecristi, en la goleta *Brothers*, junto con sus aguerridos acompañantes. El único objeto que le deja al hijo, su leontina, está sin dudas ligado a lo que Blache Zacharie de Baralt cuenta en su libro *El Martí que yo conocí* (3ª. Edición: Centro de Estudios Martianos, Editorial Pueblo y Educación, 1990, p. 83):

Debió de haber sufrido mucho de ver la educación anticubana que iba recibiendo el hijito amado en casa de su suegro.

Me contó el mismo Martí este incidente que demuestra el refinamiento con que querían herirlo, inculcándole al niño principios de españolismo.

Un día Pepito sacó de su bolsillo un reloj de oro con tapa, en cuyo interior estaba grabado el escudo de España, regalo de don Francisco Zayas Bazán, y el chico le refirió a su padre que el abuelo, al dárselo, le había dicho: “Toma, hijito, te regalo este reloj para que cada vez que mires la hora, veas este escudo y te acuerdes de que eres español”.

Pero la herencia es más fuerte que el medio. En cuanto mataron a su padre, Pepito, ya un joven de diecisiete años, rompió las amarras, y se fue a la manigua, donde peleó como valiente mambí y muy pronto ganó sus galones.

A José Martí Zayas Bazán

[Montecristi] 1º. de abril de 1895

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

JOSÉ MARTÍ

(E, V, 142)

XXIV

Los marineros que habían sido contratados para llevar a Martí, Gómez y demás a tierra cubana en marzo 25 de 1895, se negaron a realizar aquel arriesgado viaje y, por el momento, los expedicionarios tuvieron que postergarlo. El 30 de marzo compraron una nueva goleta y el 1° de abril parten en otro viaje frustrado. Por fin, el 4 de abril llegan a un acuerdo con el capitán de un carguero alemán, el *Nordstrand*, para que los deje cerca del extremo oriental de la costa cubana. El 6 pernoctan en Cabo Haitiano, en espera de la salida definitiva, que será por fin el 10 de abril a las 2 de la tarde. Esta circunstancia le permite a Martí contar con un tiempo libre no previsto, parte del cual emplea en hacerle una larga carta a María Mantilla, fechada el día 9, que ha devenido en hito del epistolario martiano, por su calidad literaria y los variados asuntos que agudamente trata: el amor, la mujer, el matrimonio, aspectos éticos, pedagógicos, estéticos, de la práctica de la traducción, etc. Curiosamente, esta carta nunca se hubiese escrito de no ocurrir los percances sufridos en los intentos por viajar a Cuba. Tiene tal riqueza este texto que ha sido objeto ya de algunos estudios particulares, que incitan a otros muchos. Como el de Herminio Almendros “Leyendo una carta a María Mantilla” (*Anuario Martiano*, n.1, pp. 207-216, 1969) y el de Salvador Arias “La última carta a María Mantilla” (en *Homenaje a José Martí en el primer centenario de su muerte en combate*. México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Heredia, 1997, pp. 95-103), incluido como apéndice en este libro. La traducción de los títulos de los libros citados en el el texto es la siguiente: “La Physiologie Végétale” (“La fisiología vegetal”) es un capítulo del *Curso de enseñanza científica* (ciencias físicas y naturales) del francés Paul Bert; *El mundo mágico de la ciencia* de Arabella Buckley; *Frutas, flores y hojas y Hormigas, abejas y avispa*, de John Lubbock. La romanza de Hildegonda parece referirse a una ópera del español Arrieta, estrenada en 1849.

A María Mantilla

A mi María

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer,—en saber, para poder querer,—querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores,—a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas,—esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse,—llaman en el mundo “amor”. Es grande, amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento y respeto.—¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti,—en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano

que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. El *Harper's Young People* no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten ni se ven, y más palabras de las precisas. Este *Petit Français* es claro y útil. Léelo, y luego enseñarás. Enseñar, es crecer.—Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás, si no me quieres.—Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como un cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas;—y será que estás trabajando en la tarea, pensando en mí.

Un libro es *L'Histoire Générale*, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas, en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como estas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído; y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita solo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo.—La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces,—que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice,—tú sabes—*il est*, cuando no hay *él* ninguno, sino para acompañar a *es*, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de

esas palabras de persona,—del *yo* y *él* y *nosotros* y *ellos*,—delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas,—aunque no por supuesto a la misma hora,—leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, *La Edad de Oro*.—El francés de *L'Histoire Générale* es conciso y *directo*, como yo quiero que sea el castellano de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el *modo de decir francés*, cuando *la frase francesa*, sea diferente en castellano.—Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo n.º 6, esta frase delante de mí: “Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde”.—Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra:—“Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo,”—porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: “Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo.” Si digo: “Los griegos han tratado los primeros”, diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo: “de darse cuenta”, digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante,—y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba.—Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien,—o la romanza de Hildegonda, por ejemplo,—si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo.—Tu música no es así, mi María; sino la música que entiende y siente.—Estudia, mi María;—trabaja,—y espérame.

Y cuando tengas bien traducida "*L'Histoire Générale*", en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias, ¿cómo no habrá quien imprima,—y venda para ti, venda para tu casa,—este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y un pueblo a las espaldas:—y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor—y todo lo cierto—de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita, leyó antes que tú, las *Cartillas* de Appleton. Pues este libro es mucho mejor,—más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo. *La Physiologie Végétale*,—la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas,—y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, /—la grande y verdadera,—/ está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las

modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor.—Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra.—/Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o donde vivió el hombre de que habla la historia. Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podrías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más;—y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores,—y una clase de geografía, que fuese más geografía

física que de nombres, enseñando cómo está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y esas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles *yankees*,—y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama “*The Fairy-Land of Science*”, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, “*Fruits, Flowers and Leaves*” y “*Ants, Bees and Wasps*”. Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar.—Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas, —de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo.—Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada—explicando el sentido de las palabras—el español: no más gramática que esa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y esa es la única que le sirve.—¿Y si tú te esforzaras, y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables?—Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma,/ —sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente. Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber

venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro,—el libro que te pido,—sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres.—Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

J. MARTÍ

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895
(E, V, 145-149)

XXV

Junto con la extensa carta a María fechada el 9 de abril, va esta a Carmita, aunque le dice que “Para ti como para María es la carta larga”. ¿Habría ya recibido entonces Martí las misivas que le fueron encontradas encima cuando muere? Es probable, pues estas, fechadas en febrero 18, tenían tiempo para haber llegado a Cabo Haitiano, a la misma dirección que había dado y en la cual permaneció hasta el mismo día 10. Resulta de interés que Martí decidiera llevarlas consigo a sabiendas de las malas condiciones por las que pasaría en Cuba. Esto prueba lo mucho que afectivamente significaban para él, como una especie de talismán de cariño. En esta carta hay una referencia al pretendiente matrimonial de Carmita, un tal Soto, compromiso que no tenía mucho respaldo por parte de los padres de uno y otro. Es muy característico de Martí que no critique ni contradiga el noviazgo, sino antes bien lo estimule y le otorgue confianza al joven para que luche y triunfe en el empeño. ¿Quién sería este Soto? Hasta el momento la única pista que hemos encontrado apunta hacia un hijo de Marco Aurelio Soto, amigo de Martí, quien pasa por New York en septiembre del 93, “para ver al hijo a quien tiene, estudiando realidades, en el colegio de Estrada Palma” (OC, 8, 238), lugar en donde Martí escucha recitar versos en francés, al “hijo de Marco Aurelio Soto, el presidente hondureño que tuvo de hermanos en el país a nuestros héroes vencidos”, según hace constar en *Patria* (OC, 5, 431).

A Carmen Mantilla

Carmita hija:

Todavía un abrazo, de este lado del mar, antes de irme lejos. ¿Y tu alma, que no corre más peligro que el de ser demasiado piadosa? Que te gane, a vida útil, el caballero que te haya de merecer. Si no, no. Quien quiere, gana. Quien no se esfuerza, no quiere. La esposa, cargada del santo hijo, necesita apoyarse en el esposo creador. En la vida de dos no hay ventura sino cuando no se lleva demasiada ventaja, o resalta con demasiada diferencia, uno de los dos. Tú eres honrada, laboriosa, compasiva, sencilla, enérgica. No podrás querer sino a quien sea como tú: honrado, laborioso, compasivo, sencillo, enérgico. Yo creo en tu felicidad, porque tú tienes razón sólida. La bondad es la felicidad, cuando no se la exagera, como yo la exageré. Los chinos dicen que en nada debe haber exageración: ni en las virtudes.—La dignidad de un hombre es su independencia: y la de una mujer se mide por los esfuerzos que inspira para conquistarla. Tú piensa en mí, y en esto, aunque por tu vida no has de temer, si vivo yo, porque mientras tenga yo brazos, ahí tienes tú tu nido.

Adiós. Ve como, al poner otra vez el pie en la mar, pienso en ti. Para ti como para María es la carta larga. Anímate y ayúdenle la vida a tu madre amada. Estudia y pon la escuela, y desde el verano prepárala bien, que es modo de vivir fácil y decoroso. Dile al buen Soto mi confianza en que, por su voluntad propia, sabrá demostrar que vale más de lo que los suyos suponen, y que la energía de su decoro iguala en él la claridad de su inteligencia y la bondad de su

alma. Que se ponga en pie, y luzca en un año. Que aprenda y [...]¹
prenda [...] Que imagine [...] el mundo, a ti en peligro y a él salvándote
con la fuerza de sus brazos. Que inspire respeto, como a ti y a mí nos
inspira cariño.—Y adiós la hija. ¡Quién sabe hasta cuando!

Tu

Martí

[Cabo Haitiano] 9 abril [de 1895]
(*E*, V, 150)

¹ Roto el papel.

XXVI

Estas breves líneas acompañaban al que se conoce como *Diario. De Montecristi a Cabo Haitiano*, que comprende del 14 de febrero al 8 de abril de 1895, con las vivencias martianas de sus recorridos por tierras dominicanas y haitianas. Según se desprende de esta nota, Martí se lo envió en hojas independientes no organizadas, que María y Carmita debían ordenar. En este diario las observaciones son, generalmente, sobre lugares y personas que estima de interés y parece un texto para publicar, pues elude las consideraciones demasiado personales referidas a él y sus seres más queridos. La misma prosa es una transición entre las de sus diarios de viajes anteriores (OC, 19), y la sintética, poderosa y renovadora del que llevará desde su llegada a Cuba hasta su muerte. El complemento al presente texto, *De Montecristi a Cabo Haitiano* son las cartas que escribe paralelamente. Por ejemplo, pasajes de los días 16 y 17 son similares a los de su carta con fecha 19 de febrero a María. Pero existen muchos otros vasos comunicantes. Así, el 15 de febrero hace referencia en el *Diario* “al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus” y en la carta a Panchito Gómez Toro fechada ese día le dice: “Estoy viendo de aquí las flores del patio, y las quisiera mandar a tu casa” (E, 5, 63). En realidad la enorme trascendencia, literaria y política, del *Diario. De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, ha opacado el reconocimiento de este otro diario, sin dudas merecedor también de atención. Este fue enviado en 1910 por Carmen Miyares a Manuel Sanguily, pero su publicación la hizo el hijo de este, ya en 1932, bajo el título de *Páginas de un diario*. Tanto el padre como el hijo parece le concedían mayor valor documental que literario al texto, de acuerdo con los criterios retóricos de la época.

A María y Carmen Mantilla

[Cabo Haitiano, abril de 1895]

Mis niñas:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds.

Su

M.

(E, V, 151)

XXVII

Ya instalado en el vapor *Nordstrand*, Martí inicia la última etapa de su definitivo viaje al territorio en armas de Cuba. No sabe a ciencia cierta la comunicación que podrá tener con el exterior entonces, y desde el mismo barco, momentos antes de zarpar, vuelve a escribirle a Carmen Miyares y sus hijos, en conjunto, a pesar de haberlo hecho por separado el día anterior a María y Carmita (quizás también a la madre de estas). De ahora en adelante, desde Cuba, le escribirá a la familia en conjunto, y como dice en la presente carta, la discreción deberá presidir lo que diga, pues no sabe con seguridad “dónde va lo que escribe, ni si se pierde en el viaje”. De esta carta, como de otras dos de las que después les escribirá desde la manigua, sólo se han publicado “fragmentos”. Ignoramos si por pérdida de los papeles o por evitar aspectos demasiado síntimos referidos a sus destinatarios, pues lo que se ha dado a conocer se refiere más bien a sus actividades en tierras cubanas, y resultan un complemento de su *Diario. De Playitas a Dos Ríos* (OC, 19, 213-243). El *Nordstrand* partirá de Cabo Haitiano a las dos de la tarde de ese día con destino a la isla bahamense de Inagua, adonde llegan en horas de la madrugada del 11, para levar anclas a las diez de la mañana rumbo a Puerto Arturo, en Jamaica. A las ocho de la noche se encuentra como a una milla al sur del extremo oriental de Cuba. Bajan un bote al agua, y aunque “llueve grueso”, los seis expedicionarios que lo tripulan reman fuertemente hacia la costa.

A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos

[Fragmento]

[A bordo del vapor Nordstrand, en Cabo Haitiano]

abril 10 de 1895

Desde la cubierta del vapor escribo, porque nuestro camino del 1° de abril se interrumpió y hay que empezarlo de nuevo.

Escribí el 1° de abril y no creí entonces, al emprender el viaje con apariencias de llegada, que ya a la noche siguiente nos veríamos detenidos en la ruta. Fue rudo y peligroso. Pero al fin, sólo de tiempo fue la pérdida. A la mar otra vez con esperanza mayor. Tal vez de aquí a pocos días esté donde ya sean más difíciles las cartas. Tal vez, con esta esperanza ida, y entrando en la que para eso llevo preparada, les esté escribiendo de aquí a pocos días, algunas líneas más. Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien, con ayuda de mi servicio real y manso, y—por ahora—he dejado de sufrir.

De [...] fuimos [...] De [...] ¹¹ y después de tres días difíciles vinimos a Cabo Haitiano, que es tierra triste, pero para mí,—querida por la casa buena de Dellundé. Pudiera, y acaso debiera, contar con minuciosidad todo este viaje último; pero aún sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, porque la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de todos mis compañeros. Pudimos encallar, solos y conocidos, en un rincón sin salida. Y salimos, servidos y queridos... Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la

¹ Seguramente de Montecristi a Inagua

vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer... no encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos [...]

(*E*, V, 154-155)

XXVIII

El 11 de abril de 1895, cerca de las 10 de la noche, Martí, Gómez y sus acompañantes, arriban a “una playa de piedras, La Playita”, después que un vapor alemán los dejara aproximadamente a una milla de la costa. Dos días más tarde hacen contacto con tropas cubanas. El 15 Gómez sorprende a Martí con el nombramiento de “Mayor General”. El 16, “con todo el sol en el papel”, termina una carta iniciada el día anterior dirigida a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra y añade otras a Tomás Estrada Palma y a Carmen Miyares y sus hijos, que es la que sigue a continuación. Aquí es evidente su alegría por estar en tierra cubana, pues como le decía a sus ayudantes neoyorquinos, “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida” (*E*, V, 160). El recuerdo de Carmita y sus hijos está siempre presente en este momento de “felicidad”, y los añora en lo que considera su hogar, “la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos”, del cual le preocupa falte ahora su “poca ayuda”. Aunque a todos manifiesta su cariño, María tiene un lugar especial. El día 14 había escrito en su Diario: “Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta, una palma y una estrella” (*OC*, 19, 216-217, aunque allí dice, por error, “paloma” en lugar de “palma”), observación que funde en la misiva con María y Carmita. A esta carta se le conoce una respuesta de Carmita hija, fechada en junio 6, es decir, cuando ya Martí había muerto (*DJM*, 357); la muchacha se negaba a creer la caída del Maestro, pues *The New York Herald* ya la había publicado el 22 de mayo. También después de su muerte llegaron sus otras cartas dirigidas colectivamente a la familia, fechadas los días 26 y 28 de abril, y el 9 de mayo, que por ser menos personales no incluimos en esta compilación. Blanche Zacharie ha recordado la enorme “impresión que nos hicieron aquellas cartas palpitantes de vida y de emoción, cuando sabíamos que la mano que la había escrito estaba yerta y el ardiente corazón había dejado de existir” (*El Martí que yo conocí*, p. 103).

A Carmen Miyares y sus hijos

Jurisdicción de Baracoa,
16 de abril de 1895

Carmita querida y mis niñas,
y Manuel, y Ernesto:

En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo. Éramos seis, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos salvos, en un campamento, entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra: y el rifle a su lado. Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí, como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos.

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Solo la luz es comparable a mi felicidad. Pero en todo instante le estoy viendo su rostro, piadoso y sereno, y acerco a mis labios la frente de las niñas, cuando amanece, cuando anochece, cuando me sale al paso una flor nueva, cuando veo alguna hermosura de estos ríos y montes, cuando bebo, hincado en la tierra, el agua clara del arroyo, cuando cierro los ojos, contento del día libre. Ustedes me acompañan y rodean, las siento, calladas y vigilantes, a mi alrededor. A mí, solo ellas me faltan. A ellas, ¿qué les faltará? De sus angustias nuevas, ¿podrán

irse salvando? Mi poca ayuda, ¿cómo la habrán repuesto? Cuba ya tiene escritos sus nombres con mis ojos en muchas nubes del cielo y en muchas hojas de árboles.

Mi dicha de hombre útil hace mayor el pesar de que no me lo vean. ¿Recordarán así a su amigo, con tal lealtad, con tanta vehemencia?

¡Ah, María, si me vieras por esos caminos, contento y pensando en ti, con un cariño más suave que nunca, queriendo coger para ti, sin correo con que mandártelas, estas flores de estrella, moradas y blancas, que crecen aquí en el monte.

Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato.

El papel se me acaba, y al correo no puede ir mucho bulto. Escribo con todo el sol sobre el papel. Véanme vivo y fuerte y amando más que nunca a las compañeras de mi soledad, a la medicina de mis amarguras. De acá no teman. La dificultad es grande, y los que han de vencerlas, también. Carmita pedirá a Gonzalo que le deje leer lo que hay de personal en la carta que le envío. Manuel bueno, trabaja. Carmita, escríbele a mamá. Carmita hija y María se educan para la escuela. Una palma y una estrella vi, alto sobre el monte, al llegar aquí antier, ¿cómo no había de pensar en Carmita y en María? ¿Y en la amistad de su madre, al ver el cielo limpio de la noche cubana? Quieran a su

MARTÍ

(E, V, 167-168)

Los destinatarios

MELITINA AZPEYTÍA.

Emigrada cubana en Cayo Hueso. Era hija de J. Modesto Azpeytía, redactor en 1890 de *La Ilustración*, periódico mensual que fungía como órgano oficial del Instituto o Club San Carlos, muy integrado a las actividades revolucionarias, que dirigía Fernando Figueredo. Como presidenta del club de niñas Porvenir de Cuba, entregó a Martí, en julio de 1892, \$31.25 para contribuir a la causa por la independencia de la isla. En ese mismo año se fundó el club femenino Protectoras de la Patria, al cual se integró Melitina. En la *Revista de Cayo Hueso*, vol. 1, n. 2, de julio 4 de 1897, aparece en una foto como “abanderada”, junto a la directiva de dicho club, en la cual también figuraba una hermana suya.

CLEMENCIA GÓMEZ TORO.

Hija de Máximo Gómez y Bernarda Toro, nació en los Campos de Cuba Libre, el 1º de mayo de 1874. Era la mayor de los hijos supervivientes del matrimonio (ya otra Clemencia había muerto en la manigua) y le llevaba dos años a Panchito. A ella le dedicó Máximo Gómez su texto “Recuerdos. Episodio de la Guerra de los Diez Años”, en donde cuenta un grave percance ocurrido con el enemigo cuando la niña tenía treinta días de nacida que por poco le cuesta la vida. Clemencia, junto con su familia, emigró a Honduras, Nueva Orleans, Jamaica y Santo Domingo, lugar este último donde se establecieron definitivamente. Se conserva una dedicatoria a ella en un álbum, escrita por su hermano Panchito cuando era niño, con errática ortografía, en la que expresa sus compromisos de luchar por la independencia de la tierra en que ambos habían nacido. Cuando Martí visita a la familia en septiembre de 1892, se inician intensos y sinceros vínculos revolucionarios entre todos. La

muchacha realizó siempre una constante labor de apoyo a la causa, y ella y su madre fabricaron las mochilas que Gómez y Martí llevaron en su viaje para incorporarse a la lucha armada en Cuba. Cuando partieron, Clemencia le hizo llegar la siguiente nota: “¡Martí! No tengo más recuerdo que darte; así quito esta cinta de mi cabello, que tiene todo el fuego de tantos pensamientos y uno de los colores de nuestra bandera. Eso solo te llevarás de tu hermana Clemencia” (*DJM*, p. 354). Esta cinta, ensangrentada, se encontraba entre los objetos encontrados en el cadáver del Héroe Nacional. Clemencia también escribía ocasionalmente, y se conoce un trabajo suyo de 1896 sobre Paquito Borrero. En junio de ese año, le envía una moneda a su hermano Panchito, en la capital de Santo Domingo, para que se fotografíen él y César Salas (ayudante de su padre que acompañaría a Panchito en su viaje a Cuba). Así lo hacen y le envía las fotos. Ya no verá más a su hermano, pues este, en su definitivo viaje a los Estados Unidos, no puede bajar a tierra en Montecristi del buque en que viaja. Al terminar la guerra, Clemencia regresará a su país natal, del cual había estado ausente desde sus cuatro años. Aquí se casará con Tomás Nuñez y Villaverde, soldado del cuartel de Dragones en La Habana, sin llegar a tener descendencia. Morirá en esta ciudad, el 27 de septiembre de 1920.

FRANCISCO GÓMEZ TORO.

Conocido como Panchito, nació el 11 de marzo de 1876, en plena manigua durante la Guerra de los Diez Años, en el campamento “La Reforma” de su padre, el Mayor General Máximo Gómez Báez, en las cercanías de Sancti Spíritus. Su madre, Bernarda del Toro, había tenido otros tres hijos antes, dos de los cuales murieron en la manigua. Ya fracasada la contienda, Panchito viaja con su madre y hermanos, en los primeros días de 1879, a Jamaica. La familia inicia entonces un largo y penoso peregrinaje, en busca de medios para subsistir, que incluye también a Honduras, Nueva Orleans y, por fin, Santo Domingo. En parte de este peregrinaje fueron acompañados por Antonio Maceo o

su esposa, María Cabrales. Hacia 1892 la familia Gómez, que tiene ahora siete hijos—cubanos, ingleses, estadounidenses y sólo la menor, dominicana—recibe la visita de José Martí, con quien todos establecen fuertes vínculos emocionales y admirativos. En abril de 1894 Máximo Gómez viaja con Panchito a Nueva York para verificar personalmente cómo se encuentran los preparativos de la próxima insurrección. Al regreso, deja a Panchito con Martí para que lo acompañe en su recorrido por ciudades estadounidenses y caribeñas, hasta el mes de julio cuando vuelve junto a su padre. El 17 de febrero de 1895 se produce su tercer encuentro con Martí, ahora en tierras dominicanas; Panchito lo acompaña en el regreso sólo hasta Dajabón, cerca de la frontera con Haití, en contra de sus deseos, pues quería seguir con él. El 1° de abril de 1895 en una playa de Montecristi, junto con su hermano Maxito, despide a Martí y a su padre, que parten rumbo a Cuba. Panchito le murmura a Máximo Gómez en el oído: “Muerto, o a tu lado”. Tras la caída en combate del que siempre llamó Maestro, se intensifica hasta la obsesión su deseo de incorporarse a la lucha por la independencia de la tierra en que nació, pero que había dejado a los dos años de edad. Después de muchos contratiempos, consigue enrolarse en una expedición que desembarca, el 8 de septiembre de 1896, en el extremo occidental de Pinar del Río. Pronto se incorpora a las tropas con las que Maceo había realizado la Invasión, y junto con este, evade por la bahía de Mariel la trocha española que intentaba dividir a la isla. El 7 de diciembre, estando acampados en San Pedro de Punta Brava, en La Habana, un ataque español sorpresivo le cuesta la vida a Antonio Maceo. En el intento de rescate de su cadáver, Panchito queda mal herido y solo. Por no caer en manos del enemigo, se suicida.

MÁXIMO GÓMEZ TORO.

Quinto hijo de Máximo Gómez y Bernarda Toro. Nacido en 1877 en territorio de Cuba Libre, al igual que sus hermanos anteriores. Fallecidos los dos primeros, al terminar la contienda sale, con menos de un

año de edad, junto con su madre y sus hermanos Clemencia y Panchito, rumbo a Jamaica, en donde se le une el padre el 7 de marzo de 1878. Después inicia el peregrinaje con su familia por Honduras, Nueva Orleans, Jamaica de nuevo, hasta establecerse en una pequeña finca —“La Reforma”—cerca de Montecristi, en Santo Domingo. En la casa comercial “Jiménez y Cía” de ese pueblo trabajó, desde muy joven, junto con Panchito. Después de la partida del padre y el hermano mayor a la guerra, fue el sostén económico de su familia hasta el cese de la guerra, cuando regresaron todos a Cuba.

CARMEN MANTILLA Y MIYARES.

Hija de Carmen Miyares y Manuel Mantilla, debe haber nacido en Nueva York hacia 1873, pues le llevaba no menos de siete años a su hermana María. Como a esta última, Martí la quiso entrañablemente y le envió unas hermosas cartas. Por ellas nos enteramos de que había puesto una escuela para niños, ayudada por su hermana, sobre lo cual Martí les daba atinados y precisos consejos. En Nueva York, en distintas ocasiones, le había servido como mensajera. También trabajó como mecanógrafa. En 1895, junto con otras jóvenes, fundó el club femenino Hijas de Cuba, del cual fue secretaria. Con su madre y hermana, participó en numerosas actividades destinadas a recoger fondos para el Partido Revolucionario Cubano. Terminada la guerra, visitó La Habana, con su madre y hermana. Parece ser que el resto de su vida lo pasó en los Estados Unidos, hasta 1940, cuando falleció.

MARÍA MANTILLA Y MIYARES.

Nació en Brooklyn, el 28 de noviembre de 1880, hija menor del matrimonio formado por los cubanos Carmen Miyares y Manuel Mantilla. El 6 de enero de 1881 tuvo a Martí como padrino de bautizo. Quedó huérfana de padre en 1885 y Martí la quiso como una hija. A ella, su madre y hermanos, dedicó algunas de las más emotivas cartas de los últimos años de su vida, especialmente a María, cuyo retrato llevaba

encima cuando cayó muerto en el combate de Dos Ríos. En 1905 la joven se casó con el cubano César J. Romero, comandante del Ejército Libertador, con quien tuvo cuatro hijos y de quien enviudó en 1950. Residió siempre en los Estados Unidos. Viajó a Cuba, junto con su madre, al terminarse la guerra y, posteriormente, en 1953, con motivo de celebrarse el centenario del natalicio de Martí, ocasión en que realizó valiosos donativos al Archivo Nacional. Falleció en Los Angeles, California, el 12 de octubre de 1962. En sus funerales apareció su nombre como María Martí Romero, pues ella afirmaba ser hija del Apóstol, según una versión no confirmada. Al menos si no físicamente, lo fue espiritualmente.

RITA AMELIA MARTÍ Y PÉREZ.

Nació el 10 de enero de 1862. Fue la quinta hija del matrimonio formado por Leonor Pérez y Mariano Martí. Era nueve años menor que José, el primogénito de la familia. En 1883 contrajo matrimonio con José Matilde García y Hernández. Tuvieron siete hijos, tres hembras y cuatro varones. Enviudó en 1929, cuando su esposo, aquejado de fuertes dolores producto de sus úlceras, se quitó la vida. En 1924 había recibido la visita del escritor Jorge Mañach en su casa del callejón Montero Sánchez número 8, entre 6 y 8, del habanero Vedado, en donde conservaba el famoso óleo que el pintor Norman le hiciera a Martí, así como muchos documentos autógrafos de su hermano. Los testimonios de Amelia sirvieron de base a numerosas páginas de la conocida biografía *Martí, el apóstol* de Mañach. Fue la única hermana del Héroe Nacional cubano que sobrevivió más allá de 1900, pues falleció en 1944, a los ochenta y dos años de edad.

JOSÉ FRANCISCO MARTÍ Y ZAYAS-BAZÁN.

Único hijo de José Martí y su esposa Carmen, nacido en La Habana el 22 de noviembre de 1878. En agosto 31 de ese año habían arribado los esposos a Cuba, procedentes de Honduras y Guatemala. Debido a sus

labores conspiradoras Martí sale deportado para España en septiembre de 1879, desde donde se traslada a Nueva York, a principios del siguiente año. El 3 de febrero se reúnen con él su esposa e hijo, pero solo se mantiene la vida familiar durante nueve meses, y a fines de año vuelven estos a Cuba. Viven un tiempo en casa de la madre de Martí, pero según opinión de Carmen “Me llevo la triste convicción de que tu familia no me querrá jamás, al niño sí lo quieren” (*DJM*, 65). Así ella y el pequeño se van a residir a Puerto Príncipe, a casa de su hermana, en julio de 1881. Por su parte, doña Leonor le advierte a su hijo que Carmen “no es mujer para penalidades ni para vivir con poco recursos y creo harás bien en dejarla descansar algunos meses de la fatiga de tantos viajes, y así el niño estará más grandecito cuando vaya” (*DJM*, 71). Carmen toma partido abiertamente, y le escribe a su esposo “Te estás matando por un ideal fantástico y estás descuidando sagrados deberes. Nunca se manchó ningún hombre por volver a su tierra esclava ante la necesidad urgentísima de vestir a su mujer y a su hijo, saber con qué curar sus enfermedades...” (*DJM*, 74). No es de extrañar que nuevos intentos por unirse en Nueva York fracasen, en 1882-1885 (dos años y cuatro meses) y en 1891 (cuatro meses), cuando la ruptura se hace definitiva al solicitar Carmen ayuda del gobierno español para regresar a la isla. Ya Martí no verá nunca más a su hijo. En 1894 José Francisco matricula Derecho en la Universidad de La Habana. Tras la muerte de su padre viaja junto con su madre a los Estados Unidos, y desde allí, a escondidas de ella, se enrola en una expedición rumbo a Cuba. El 21 de marzo de 1897 se incorpora como soldado, con 18 años, a la tropa de Calixto García, en el Departamento Oriental. Se le entregó el caballo que su padre montaba al morir en combate. Participó como artillero en numerosas acciones bélicas, a consecuencias de lo cual padecerá de sordera durante toda su vida. Terminó la guerra con el grado de capitán. Ya en la República, continuó su vida militar, hasta su retiro en 1921. Casado con Teté Bances (1890-1980), no tuvo descendencia. La residencia de ambos, en el habanero barrio de El Vedado, está ocupada actualmente por el Centro de Estudios Martianos.

GONZALO DE QUESADA Y ARÓSTEGUI.

Nació en La Habana, el 25 de diciembre de 1868. A los 9 años se trasladó con sus padres a Nueva York, en donde cursó estudios hasta graduarse de abogado en 1891. Ya desde 1889 se había distinguido como orador y supo ganarse, con sus dotes, la admiración y confianza de Martí. Empezó a trabajar en el importante bufete *Stean and Curtis*, hasta que la firma le exigió abandonase sus actividades revolucionarias, a consecuencia de lo cual presentó su renuncia. En el mismo año de 1891, por recomendación de Martí, comenzó a fungir como Cónsul de la República Argentina en Filadelfia, cargo que también abandonó para dedicarse totalmente a la causa de la independencia de Cuba. Martí lo propuso como secretario del Partido Revolucionario Cubano en 1892 y desempeñó a cabalidad sus funciones. La comunicación entre ambos a través de largas y detalladas cartas, en donde se trataban importantes asuntos ideológicos y de acción, son una muestra de su estrecha colaboración. El 1° de abril de 1895, ya próximo a su viaje final a Cuba, Martí le escribe una famosa carta conocida como su “testamento literario”, en donde le da instrucciones sobre la publicación de su obra dispersa o inédita. Gonzalo, a su pesar, tuvo que permanecer en los Estados Unidos, como Encargado de Negocios de la República en Armas. Terminada la contienda, siguió representando a Cuba allí, y posteriormente continuó su carrera diplomática en Europa, sin abandonar nunca su ingente esfuerzo por organizar y publicar la obra martiana. Murió repentinamente en Berlín, el 9 de enero de 1915.

APÉNDICE



La última carta de Martí a María Mantilla

En Cabo Haitiano, el 9 de abril de 1895, ya listo para emprender la etapa final de su regreso a Cuba, José Martí escribe la última de sus cinco cartas individuales a María Mantilla, la niña querida que ha quedado en Nueva York. Dos días después, cerca de la diez de la noche, pisará la tierra cubana de La Playita para incorporarse a la lucha armada por alcanzar la independencia de la isla, que él había preparado pacientemente desde el exterior. Apenas transcurrido algo más de un mes, caerá muerto en combate, el 19 de mayo.

Las relaciones de Martí con María Mantilla, la madre de esta y el resto de su familia, resultan bastante peculiares. A Carmen Miyares, la madre, la conoce recién llegado a Nueva York, en enero de 1880; vive en la casa de huéspedes que ella atiende, junto con su esposo Manuel Mantilla, de precaria salud y algo mayor que Carmen. En marzo se reúnen con Martí su esposa, Carmen Zayas Bazán y su pequeño hijo de año y medio. Pero la vida en común del matrimonio dura poco, y en octubre del mismo año regresan esposa e hijo a Cuba, en donde los padres de ella gozan de una posición desahogada. María, la última de los cuatro hijos del matrimonio Mantilla, nace el 28 de noviembre; su bautizo ocurre el 6 de enero de 1881 y Martí funge como padrino, dos días antes de partir hacia Venezuela, en donde residirá durante algunos meses.

A partir de entonces la vida hogareña, tan anhelada por el héroe cubano, se alternará entre siempre frustrados intentos por lograr su estabilidad matrimonial y el refugio cada vez más reconfortante que encuentra en la compañía de Carmen Miyares, quien ha enviudado

en febrero de 1885. En esta admirable mujer, cubana de ascendencia venezolana, encuentra el estímulo y aliento que necesitaba para continuar sus luchas y que la Zayas Bazán no estaba dispuesta a ofrecerle. En ausencia del hijo, los niños de la familia Mantilla centran su gran capacidad de amor paternal, sobre todo las niñas, Carmita y María. Muchos años después, esta última declarará que se considera hija carnal de Martí, asunto que ha despertado numerosas polémicas y aún distante de dilucidarse convincentemente.

El apoyo que Martí encuentra en Carmen Miyares y sus hijas se pone de manifiesto en las intensas cartas que les escribe en los últimos meses de su vida, complementos a las páginas extraordinarias de sus diarios de campaña, los cuales les dedica: “no fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que puede pasar hombre, iba pensando en Uds.” (*OC*, 19, 185). Apenas abandona Nueva York, Martí les envía cartas a Carmen y las dos niñas, por separado. Ya en tierra cubana, dirigirá las misivas que conocemos a toda la familia. Debe señalarse que en estas últimas existen fragmentos mutilados, así como que evidentemente —pues existen referencias a ella— buena parte de su correspondencia con Carmen no ha sido publicada nunca. A María le escribe en total, al parecer, cinco cartas. Las más extensas y minuciosas de todo el conjunto. Dos corresponden a 1894, durante estancias suyas en México y Georgia. Y emprendido su último viaje, le escribe desde alta mar, Santiago de los Caballeros y el propio Cabo Haitiano, lugares estos dos últimos de la isla La Española.

En momentos de realizaciones y presiones máximas, la prosa martiana adquiere una intensidad aún capaz de sobrepasar lo que ya antes constituía una de las expresiones personales más ricas y profundas existentes entonces en lengua española. La plenitud y el apremio de los acontecimientos, que incluye la urgencia del peligro, hace que intuya síntesis sorprendentes, a la vez que fuertes emociones afloran limpia y concentradamente. El tiempo, escaso para la abundancia

comunicativa, no limita la hondura del sentimiento. De eso es prueba esta última carta personal a María Mantilla, muestra poco común del más puro amor paterno. Porque más allá de cualquier discusión sobre la posible paternidad física de Martí sobre María, es indudable que existe una paternidad espiritual incontrovertible. Esta carta puede considerarse una de las más hermosas de un epistolario que justamente ha sido considerado inigualable, hasta el punto de que para algunos resulta la más representativa y alta manifestación escrita del genio martiano. No olvidemos que en sus cartas era capaz de abordar lo que, según sus propias palabras, “ni en prosa ni en verso [...] digo, porque no se ha de escribir sino lo que puede fortalecer” (OC, 20, 127). En sus misivas íntimas la entrega sólo estaba limitada, más allá de cualquier consideración pública, por el amor y la comprensión de la persona a la que estaba dirigida. Y nadie como María Mantilla alcanzó, en los últimos días de su vida, un lugar más cercano a su corazón, más cercano incluso que el retrato suyo que llevaba en su pecho cuando cayó abatido por las balas enemigas.

Martí sorprende siempre por su capacidad para organizar sus textos, tanto desde el punto de vista de las ideas como de su expresión artística, no importa la prontitud con que los elabora. Así, esta carta a María Mantilla comienza planteando los dos registros fundamentales en que se va a desarrollar el texto. Primero, el intenso y sostenido tono emocional, ya prefijado en frase del comienzo: “Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos?”. La ternura y cubanía del diminutivo seguido de la triste añoranza, en un “Norte” que de pronto nos parece separado por hondos abismos. Luego como conclusión de lo anterior, pasa al plano del más alto pensamiento, dándole a la niña una fórmula eficaz para enfrentar la vida: “¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer—en saber para poder querer,—querer con la voluntad, y querer con el cariño?”. Más que un ingenioso juego de palabras, aquí encontramos la presencia de un pensamiento optimista coherente frente a la vida. No es osado hablar de un “pensamiento filosófico”,

aunque sabemos Martí se está dirigiendo a una adolescente de catorce años. Pero al plantearle ya de entrada esta “verdad del mundo”, ubica la trascendencia que estos, sus últimos consejos personales, quieren alcanzar. “Saber” y “querer” son términos claves para Martí que interactúan entre sí dialécticamente, y por eso postula que se quiere más cuando más se sabe, mientras que el saber no es otra cosa que querer con la voluntad.

Tentados estamos de llamar a esta carta su “testamento pedagógico”, a semejanza de otras misivas escritas por Martí en sus últimos días, hoy conocidas como sus testamentos político y literario, pero siempre y cuando se utilice “pedagógico” en su más amplio sentido, de acuerdo con sus raíces griegas: la forma de “conducir a los jóvenes”. Martí quiere que María y su hermana Carmita pongan una escuela para niñas pequeñas, lo cual constituye una de las formas más dignas y provechosas de ganarse la vida, pues como les dice “Enseñar, es crecer”. Para esa escuela les aconseja “Libros pocos, y continuo hablar”, ya que las clases serán como una conversación, como si contaran “un cuento de veras” y así “las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles”.

Abundan en la carta los consejos prácticos, muy específicos a veces, sobre cómo impartir las materias. Por ejemplo, en esa escuela cuentas habrá “pocas, sobre la pizarra, y no todo los días”, pues “serán maestras contando esos cuentos verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o donde vivió el hombre de que hablar la historia”, ya que la clase de geografía debe ser más de “geografía física que de nombres, enseñando cómo está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones y esas bien, sin mucha menudencia, ni demasiado detalles”. También la gramática debe ser “enseñada toda en las pizarras, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores”, pues “una clase de lectura explicada explicando el sentido

de las palabras”, será toda la gramática que se dé, dejando al niño que la descubre “en lo que lee y oye”, ya que “esa es la única que sirve”.

Estas proposiciones martianas suponen un meditar agudo, avalado por observaciones provenientes de la práctica, sobre aspectos muy concretos de la enseñanza, que extiende también a otras dimensiones más generales y profundas. Con esta carta, Martí le enviaba a María dos libros en francés, *L'Histoire Générale* y otro sobre ciencias de Paul Bert, *Curso de enseñanza científica (ciencias físicas y naturales)*, que es motivo de certeros comentarios. Antes que todo, les sugiere la forma en que deben leerlo, con lo que insiste en algo ya expresado en *La Edad de Oro*, cuando hablaba de cómo acercarse al artículo “La Exposición de París”. Ahora vuelve a insistir en esta forma de lectura: “Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo, léanlo otra vez, y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas”.

Martí encuentra este libro de Paul Bert “alegre”, de lenguaje “claro”, “escrito todo como se le ve”, y lo lee y lo vuelve a leer y siempre la parece nuevo, interesante y poético. Este tema lo lleva a una confesión sobre sus lecturas preferidas en estos, sus últimos días:

Leo poco versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas,—y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día.

En estas palabras hay un evidente rechazo de la poesía, pensamos que sobre todo hispanoamericana, que se publicaba en aquel momento (1895). Y una reafirmación en las “fuerzas” y “honradez” de la natu-

raleza como principio vital, con rechazo de lo artificial y rebuscado, posición bien explicitada en sus *Versos sencillos* de 1891. No puede existir un rechazo a la poesía en sí en quien era sobre todo poeta y no hombre de ciencias, sino una búsqueda de más altas y modernas formas de integración entre naturaleza, literatura y contemporaneidad, cosa que él mismo está ya cumpliendo en esos momentos a través de las páginas de su *Diario*.

El otro libro que le envía a María, *L'Histoire Générale*, “un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo”, quiere que le sirva para que lo traduzca, en forma natural, “para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduce, que en eso se conocen las buenas traducciones”. Hay toda una serie de atinadas observaciones y hasta un ejemplo práctico que contribuyen en buena medida, a redondear otros textos martianos que bosquejan casi una teoría de la traducción, avalada por su gran experiencia en lo que en reiteradas ocasiones constituyó su forma de ganarse la vida. Insiste en la utilidad de que leyera, mientras hacía esa traducción “un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes”. Y no le viene mejor modelo al respecto que un texto suyo, *La Edad de Oro*. Desechado todo posible atisbo de vanidad en la recomendación, queda la certeza autoral de su carácter único, la autoconciencia de propósitos cumplidos: “Yo no recuerdo, entre los que tú puedas tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviese sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estás traduciendo, *La Edad de Oro*”.

Martí le escribe a una adolescente, ya en tránsito de convertirse en mujer, y este tema de la mujer, al que tanta atención ha prestado a través de los años, no puede faltar ahora. La mujer en sus dimensiones íntima y social ha sido presencia recurrente en sus textos, en los cuales podemos verificar cómo sus conceptos al respecto van evolucionando según pasan los años y cambian las circunstancias.

Dentro de los principios éticos que Martí recibiera en el seno familiar, principalmente de su madre, la mujer tenía un puesto prefijado por una larga tradición hispánica, que las influencias románticas decimonónicas y su propia experiencia vital, fueron modificando. Pero es durante su estancia en los Estados Unidos cuando más atención presta al asunto, como puede verificarse en sus crónicas: desaprueba mucho de lo que ve en la mujer estadounidense, pero siempre la observa y analiza, hasta ir dialécticamente transformando sus propios conceptos, que son los que le comunica ahora a María Mantilla en esta carta. Ya no es la mujer que se prepara, sobre todo, para ser fiel y estimulante compañera del hombre, sino la que

se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores,—a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el empeño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa [mi hijita] en el trabajo libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y el vestido?

Martí prevé el desarrollo vivencial de la adolescente, e incide en un elemento que prueba su sagacidad psicológica:

La elegancia del vestido,—la grande y verdadera,—está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco.

Es verdad que la mujer deberá mostrarse alegre y agradable a lo ojos, “porque es deber humano causar placer en vez de pena”, y para ello

Martí da una fina muestra de su concepto de la elegancia (que lamentablemente no parece haber sido muy escuchada). No se “pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor”.

Cuando Martí opone las mujeres dedicadas al “trabajo virtuoso e independiente” a aquella “esclava” por su ignorancia e incapacidad de valerse, uno pudiera pensar que está contraponiendo ejemplos concretos femeninos conocidos por él. Quizás podría afirmarse que su evolución del ideal femenino va de Carmen Zayas Bazán a finales de la década del setenta, hasta Carmen Miyares, ya en los años finales de su vida. En esta última, sobre la cual le dice a María “Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo”, encontró el estímulo y apoyo para los momentos más ingentes de su vida.

Pues no debe olvidarse que esta excepcional última carta a María Mantilla, además de todo lo expuesto en este comentario, es sobre todo una carta de amor. Quizás la más intensa que escribiera Martí. Amor que fluye en las expresiones incontenibles que salpican la carta —“mi hijita”, “mi María”, “mi hijita querida”, “María mía”—, amor que se define a sí mismo en irrepetible acto de autoconciencia: amor —dice Martí— no es solo lo que las mujeres esclavas llaman en el mundo “amor”, pues aunque sea ese “grande amor”, “no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto”. No puedo haber sido expresada esta definición martiana en lugar más propicio que esta carta, ya que ¿acaso no es la práctica pedagógica un definitivo acto de amor?

ÍNDICE

Introducción / 7

Advertencia bibliográfica / 11

A SU HERMANA AMELIA
(Nueva York, enero de 1882);
E, I pp. 223-225. / 13

A SU HERMANA AMELIA
(Nueva York, febrero 28 de 1883);
E, I, pp. 263-265. / 17

A GONZALO DE QUESADA
(Nueva York, octubre 17, 1889);
E, II, pp. 132-133. / 21

A MELITINA AZPETIA
(Cayo Hueso, julio de 1892);
E, III pp.152-153. / 23

A FRANCISCO GÓMEZ TORO
(La Reforma, Sto. Domingo, 13 de septiembre de 1892);
E, III, p. 206. / 25

A MÁXIMO GÓMEZ TORO
(Nueva York, 20 de abril de 1894);
E, IV, p. 121. / 27

A CLEMENCIA GÓMEZ TORO

(Nueva York, 21 de abril de 1894);

E, IV, pp. 121-122. / 29

A MARÍA MANTILLA

(Waycross, Gal., 28 de mayo de 1894);

E, I V, p. 155. / 31

A MARÍA MANTILLA

(Nueva Orleans, 29 de mayo de 1894);

E, IV, pp. 161-162. / 33

A FRANCISCO GÓMEZ TORO

(San Antonio Texas, 16 de junio/ julio de 1894);

E; IV, p. 224. / 36

A MARÍA MANTILLA

(México, julio de 1894);

E, IV p. 227. / 38

A FRANCISCO GÓMEZ TORO

(Nueva York, 30 de agosto de 1894);

E, IV, p. 239. / 41

A FRANCISCO GÓMEZ TORO

(Nueva York, 23 de septiembre de 1894).

E, IV, pp. 264-265. / 43

A MARÍA MANTILLA

(A bordo del vapor Athos, febrero 2 de 1895);

E, V, pp. 55-56. / 45

A CARMEN MANTILLA

(A bordo del vapor Athos, febrero 2 de 1895);

E, V, pp. 57-58. / 48

A FRANCISCO GÓMEZ TORO

(Santiago de los Caballeros, 15 de febrero de 1895);

E, II, p. 63. / 51

A MARÍA MANTILLA

(Santiago de los Caballeros, 19 de febrero de 1895);

E, V, p. 66. / 53

A CARMEN MANTILLA

(Santiago de los Caballeros, 19 de febrero

de 1895); *E*, V, p. 67. / 56

A MARÍA MANTILLA

(Cabo Haitiano, marzo de 1895);

E, V, pp. 90-91. / 58

A CARMEN MANTILLA

(Cabo Haitiano, marzo de 1895);

E, V, pp. 91-92. / 60

A CARMEN MANTILLA

(Montecristi, 18 de marzo de 1895);

E, V, p. 108. / 62

A MARÍA Y CARMEN MANTILLA

(Montecristi, 25 de marzo de 1895);

E, V, p. 127. / 64

A JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN
(Montecristi, 1 de abril de 1895);
E, V, p. 142. / 66

A MARÍA MANTILLA
(Cabo Haitiano, 9 de abril de 1895);
E, V, pp. 145-149. / 68

A CARMEN MANTILLA
(Cabo Haitiano, 9 de abril de 1895);
E, V, p. 150. / 76

A MARÍA Y CARMEN MANTILLA
(Cabo Haitiano, abril de 1895);
E, V, p. 151. / 79

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS
(Cabo Haitiano, 10 de abril de 1895);
E, V pp. 154-155. / 81

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS
(Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895);
E, V, pp. 167-168. / 84

Los destinatarios / 86

Apéndice

“La última carta de Martí a María Mantilla” / 95

